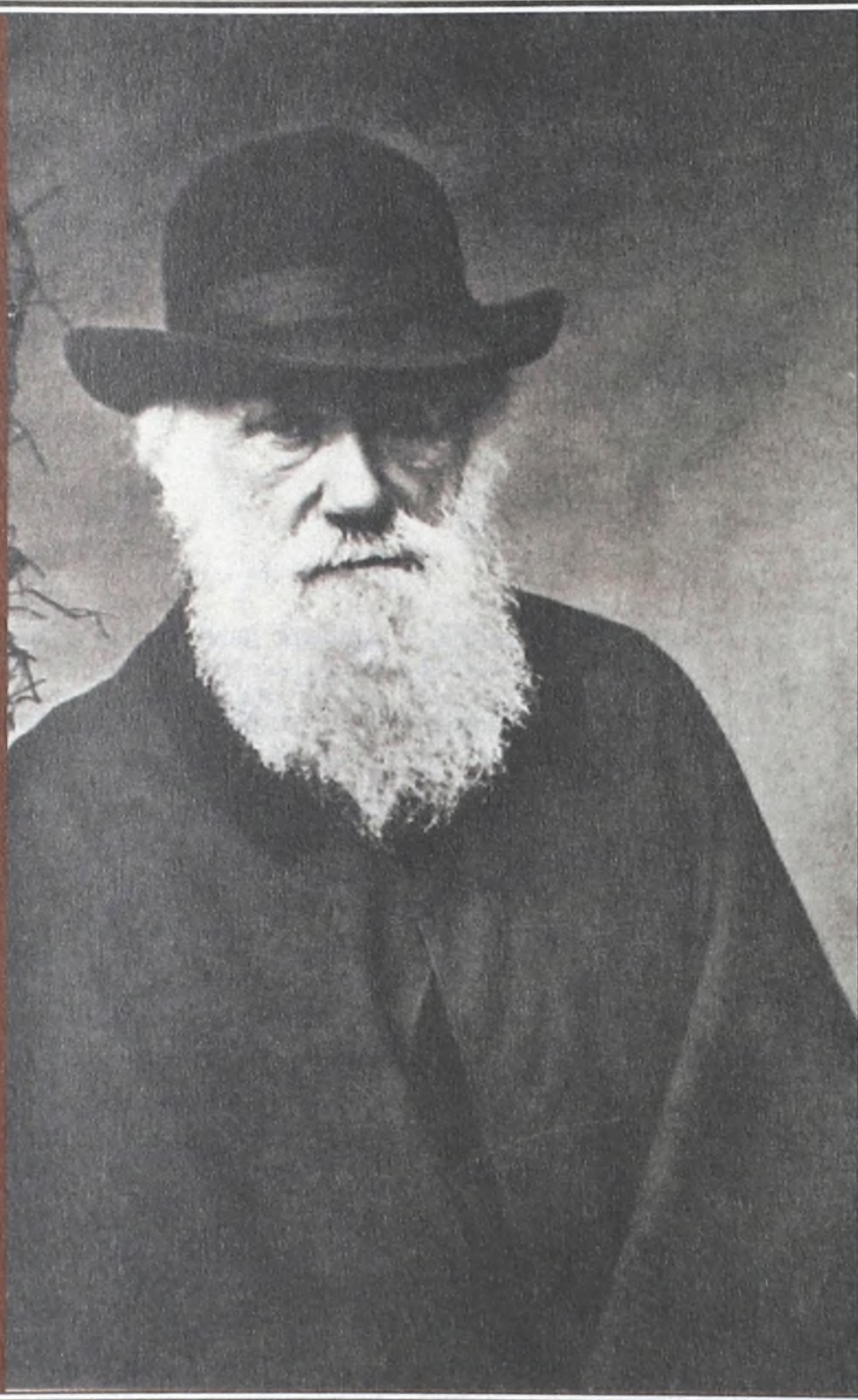




evolución:

¿en qué
quedamos,
Darwin?



4

Dossier: Evolución: ¿En qué quedamos, Darwin? (p 2 a 11) / **Nota:** Entrevista a Roberto Echavarren (p 13,16) / **Anima Mundi** (p 18,19) / **Parental Advisory:** Flores Colombino y su Diccionario de Sexología (p 20,21) / **Libros:** David Lodge (p 22), Bernard Schlink, Mujeres uruguayas (p 23), **Candelero:** Horóscopo chino de Ludovica Squirru (p 24), **Poslecturas:** T. S. Eliot (p 25) / **Pasando revista:** papeles de Montevideo (p 26, 27) / **Discos:** Overnight sensation de Motörhead (p 28), Los Straitjackets (p 28) / **Epístolas:** de Melville a Hawthorne (p 29) / **Entrevista:** Augusto Monterroso (p 30, 31) / **Golpe de ojo:** José Pampín (p 32)

La evolución biológica y sus avatares

En el año 1593, el arzobispo James Usher, en colaboración con el doctor John Lightfoot, de la Universidad de Cambridge, a través de una serie de sesudos y complicados cálculos basados en los datos del Antiguo Testamento, llegó a la conclusión de que el mundo fue creado a las 9 de la mañana del domingo 23 de octubre del año 4004 antes de Cristo.

Las afirmaciones del buen arzobispo irlandés, junto con el carácter sacrosanto de los libros de Génesis y su narración de la creación única de todas las criaturas vivientes, además de la creación del hombre a imagen y semejanza del propio creador, no dejaban posibilidad alguna de mirar a la naturaleza y a nosotros mismos desde otra óptica. El poder del dogma llegaría incluso hasta nuestros días. En estas páginas, un breve punteo sobre el impacto pasado y actual de la teoría de la evolución tal cual la presentó sir Charles Darwin hace casi ciento cuarenta años.



Entre el chimpancé y el *homo sapiens*, el *australopithecus* revela la primera etapa de la evolución de la dentadura.

El concepto de 'evolución biológica', que la mayoría asociamos con el nombre de Charles Darwin y con la revolución científica en las ciencias naturales comenzada el pasado siglo es, sin embargo, muy antiguo. Las más tempranas especulaciones sobre el tema las podemos encontrar en los escritos de algunos de los filósofos griegos: Thales de Mileto (624-546 a. C.), Anaximandro (588-524 a. C.), Empédocles (495-435 a. C.), Epicuro (341-270 a. C.), incluso el gran biólogo filósofo Aristóteles (384-322 a. C.). Algo más tarde, el poeta romano Titus Lucretius Carus (99-25 a. C.) daba una explicación evolutiva para el origen de plantas y animales en su poema 'De Rerum Naturae'. Pero el espíritu de las ideas que griegos y romanos esbozaban estaba impregnado de pensamiento metafísico en el sentido de que la gradual evolución desde organismos simples hacia otros más complejos equivalía a una progresiva gradación de lo imperfecto hacia lo perfecto.

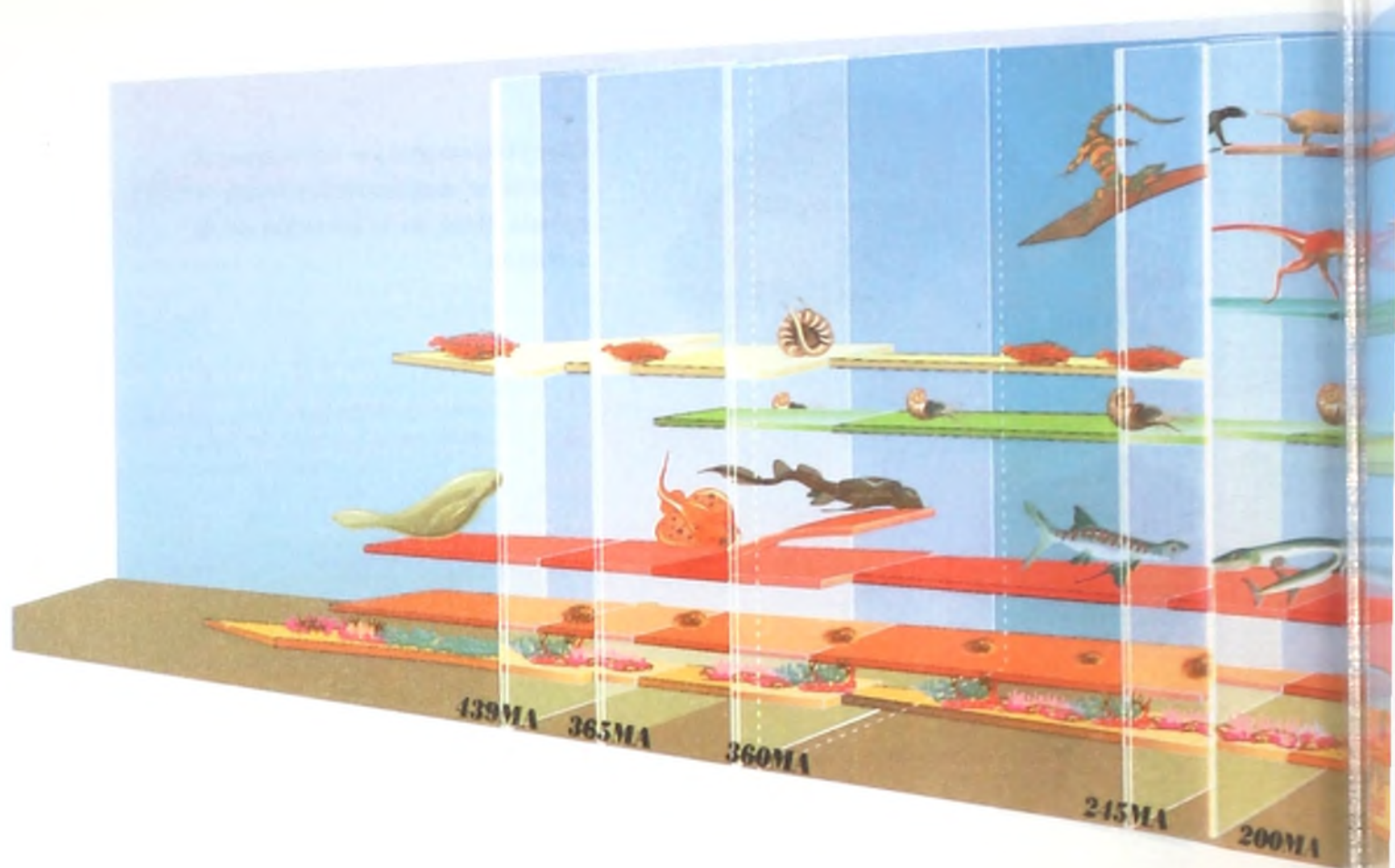
Con la caída del Imperio Romano y el posterior auge del cristianismo, el progresivo dogmatismo religioso bloqueó todo intento de investigación racional de la naturaleza, dejando solamente posibilidades a quienes sintieran pías

inquietudes, similares a las del arzobispo Usher. Por supuesto, siempre dentro del marco de los escritos bíblicos y en lo posible bajo un estrecho control de las autoridades eclesiásticas. Es de justicia, no obstante, agregar que esas limitaciones al pensamiento y a la libre investigación no han sido exclusividad del cristianismo. Se puede decir que todos los grandes textos religiosos —hindúes, judíos o musulmanes— plantean para los seres vivos y el hombre unos orígenes divinos que imponen a sus creyentes y que obviamente chocan frontalmente con una visión científica del mundo.

Sin embargo, el bloque dogmático no fue siempre monolítico e impenetrable, al menos en Occidente. Leonardo da Vinci (1452-1519), el gran Leonardo, es considerado por muchos como el padre de la paleontología, ya que entre sus múltiples talentos y habilidades figura la de haber sido aficionado a coleccionar fósiles y además ser el primero en interpretarlos como lo que son: restos de organismos desaparecidos del pasado. Pero ése fue un pequeño chispazo de inquietud que no encontró respuestas estimulantes a la investigación evolutiva hasta pasado el siglo XVII e incluso buena parte del XVIII.

Aun cuando Nicolás Copérnico (1473-1543), Ticho Brahe (1546-1601), Galileo Galilei (1564-1642) y Johan Kepler (1571-1630), reviviendo la antigua teoría del griego Aristarco (230 a. C.) provocaron la primera revolución científica renacentista al destronar al geocentrismo, que junto con el antropocentrismo era uno de los puntales del pensamiento más vanidoso y arrogante de la humanidad.

En realidad la corriente investigadora que llevaría a recuperar y elaborar científicamente el concepto de evolución biológica arrancaría en 1735 con la publicación de la obra *Systema naturae*, de Carl von Linné (1707-1778). Linneo, botánico sueco, creó un sistema de clasificación de los seres vivos con categorías jerárquicas según sus semejanzas o diferencias. Así, con una nomenclatura binaria y latina, desde las especies y los géneros, su sistema se vio enriquecido por un escalafón que comprende familias, órdenes, clases y reinos a los que se han agregado categorías intermedias en las que se agrupan los diversos tipos de plantas y animales. Lo importante de la sistemática de Linneo, no sólo radica en darle al objeto de las ciencias naturales un lenguaje universal, sino que además, al ordenar a los



organismos en escalas de complejidad, abría la posibilidad de establecer deducciones transformistas o evolucionistas; de concebir o sospechar antepasados comunes para grupos diversos de organismos vivos. Linneo nunca se declaró evolucionista, posiblemente en razón de sus creencias religiosas, pero fue el primero en incluir al hombre entre los animales, de clasificarlo dentro del orden de los primates antropomorfos y de llamarlo, de acuerdo con su sistema, "Homo sapiens". Lo más curioso de ello es que incluso consideró la existencia de un "Homo silvestris" que sería una especie intermedia entre el hombre y los simios.

En la cocina de la evolución

La segunda mitad del siglo XVIII fue progresiva e irremediamente precipitando la idea evolucionista que obviamente estaba en el aire. Desde 1749 a 1767 se fueron publicando los 36 volúmenes de la monumental *Historia natural, general y concreta* de George Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788). Buffon, religioso como Linneo,

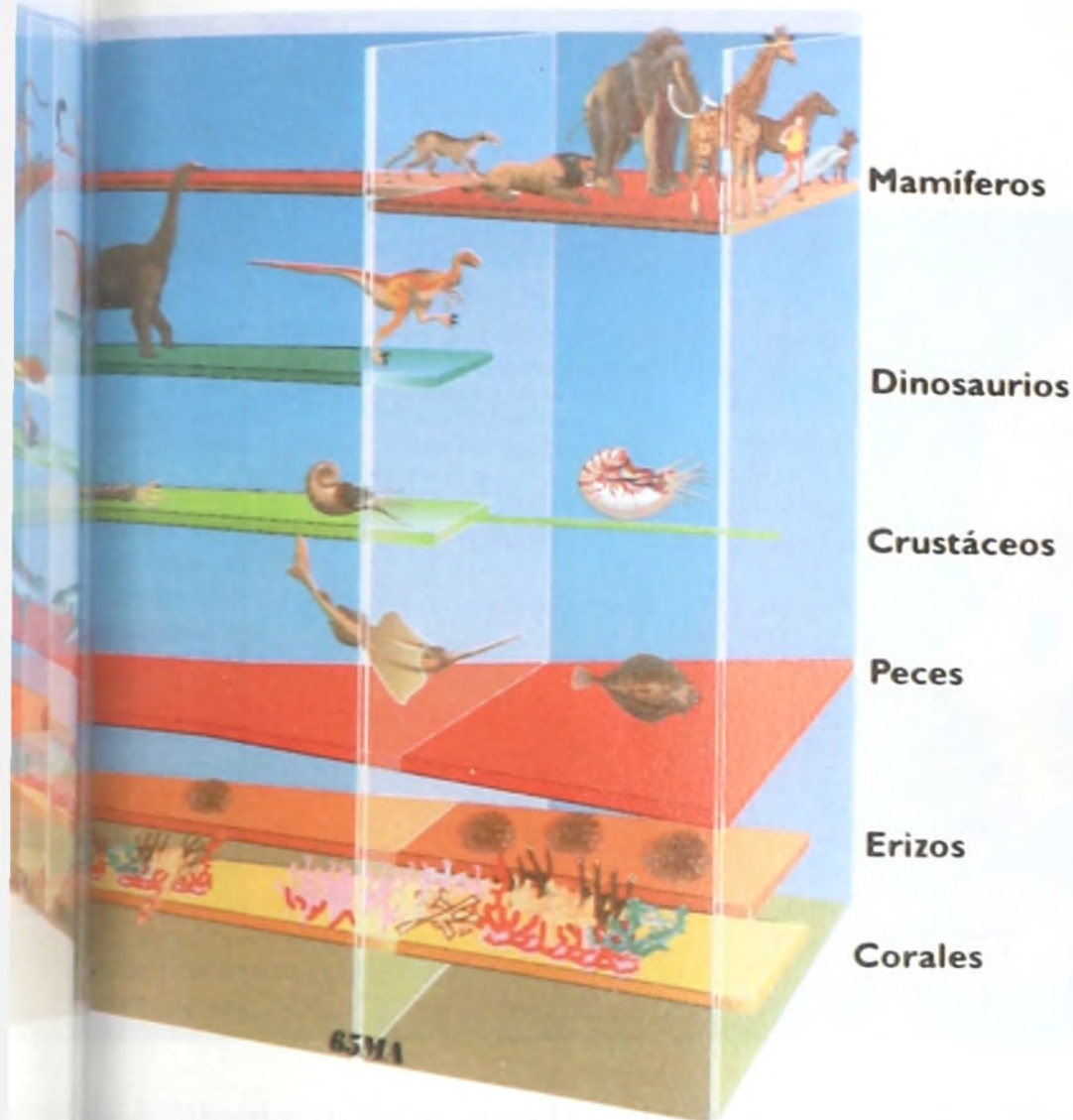
seguramente se vio asaltado por dudas y contradicciones morales derivadas de sus observaciones. Pero dio un paso más adelante y aceptó un cierto proceso evolutivo en algunas especies; sólo que la evolución de Buffon tenía un sentido distinto, el de la degeneración. En su óptica, los monos eran degeneraciones del hombre y los burros lo eran del caballo.

A todo esto, en todo el mundo seguían apareciendo fósiles, fortuita o intencionalmente, que pedían a gritos ser incluidos en alguna rama de las ciencias naturales. La tarea iba a recaer en el fundador de la paleontología moderna, el barón George Leopold Cuvier (1769-1832), naturalista francés de enorme talento y profusa producción científica. Cuvier, como Buffon y Linneo, tampoco fue evolucionista, pero también sin quererlo contribuyó a la gestación de la idea. Sus trabajos de anatomía comparada entre animales extinguidos y vivientes daban muchas pautas de la transición entre peces y anfibios, y anfibios y reptiles. Pero él no lo quiso aceptar, o no lo vio, y así fue como elaboró su famosa teoría catastrofista, asociada al diluvialismo de la Iglesia, con

la cual no proclamaba una continuidad entre faunas extintas sino sucesas creaciones independientes.

Irónicamente, el mayor adversario de Cuvier fue un paisano suyo, de humilde origen y naturalista autodidacto brillante llamado Jean Baptiste Lamarck (1744-1829), quien a través de su más importante obra *Phylogenie Zoologique*, publicada en 1809, el año del nacimiento de Charles Darwin, se convirtió en el auténtico precursor de la teoría de la evolución biológica. Lamarck postuló su teoría en tres premisas principales: 1) El ambiente modifica la estructura de plantas y animales; 2) Los cambios anatómicos y funcionales se producen por el uso o desuso; 3) Las nuevas características adquiridas se transmiten por herencia o descendencia.

La hipótesis de Lamarck fue rechazada casi por unanimidad, por una parte debido a la imposibilidad de que los caracteres adquiridos pudieran transmitirse por herencia, pero también por lo difícil que era todavía en su tiempo derribar las barreras del prejuicio religioso. Sin embargo, pese a las limitaciones de



Cada una de las cinco crisis ilustradas aquí por los paneles verticales ha llevado a la extinción masiva de especies, indicadas en el diagrama por el afinamiento de cada uno de los paneles. Las tres primeras (439, 365 y 245 millones de años) tocan a los invertebrados marinos. Cinco millones de años más tarde, una crisis media destruye los peces acorazados. La cuarta crisis (200 millones de años) marca el final de los reptiles mamaleanos. La quinta (65 millones de años) hace desaparecer los dinosaurios.

oría, Lamarck fue un destacado científico e además de sus contribuciones botánicas y zoológicas, tuvo la valentía de dejarse avasallar por antiguos dogmatismos y plantear sus ideas abiertamente, lo cual lo convirtió en el precursor de la moderna concepción de la evolución biológica. A partir de la teoría lamarckiana, la idea evolucionista se generalizó por todo el mundo científico, dejando la puerta abierta a nuevas propuestas y estimulando las inquietudes sobre el origen de la vida, de los seres vivos del hombre mismo.

Y vino Darwin

Charles Darwin nació en 1809 y murió en 1882 a los 73 años de edad, después de una fecunda vida científica. Desde niño mostró una fuerte inclinación por las cosas de la naturaleza, y aun cuando intentó seguir la tradición familiar estudiando medicina primero y la carrera eclesiástica después (sin llegar a terminar ninguna de las dos), le surgió de pronto, a los 22 años, la oportunidad de volver a su verdadera vocación. Durante cinco años, desde 1831

hasta 1836, viajó alrededor del mundo a bordo del bergantín Beagle, como naturalista oficial de una de las expediciones armadas por el almirantazgo inglés. El viaje salió de Plymouth y recorrió básicamente el hemisferio sur por el Atlántico, el Pacífico y el Índico. Posiblemente nadie que conozca, aunque sea muy superficialmente, el famoso viaje de Darwin, ignore su paso y estancia en las islas Galápagos; pero también es posible que pocos sepan que previamente, durante las múltiples recorridas que el Beagle realizó por el Atlántico sur durante dos años y medio, el naturalista estuvo en el Uruguay por lo menos seis veces: cuatro en Montevideo y alrededores y dos en Maldonado, realizando además diversas excursiones por Canelones, Mercedes y las sierras de Maldonado y Minas. Sin duda alguna, el del "H. M. S. Beagle" fue uno de los viajes más fecundos desde el punto de vista científico y ciertamente decisivo en lo que tiene que ver con la evolución biológica.

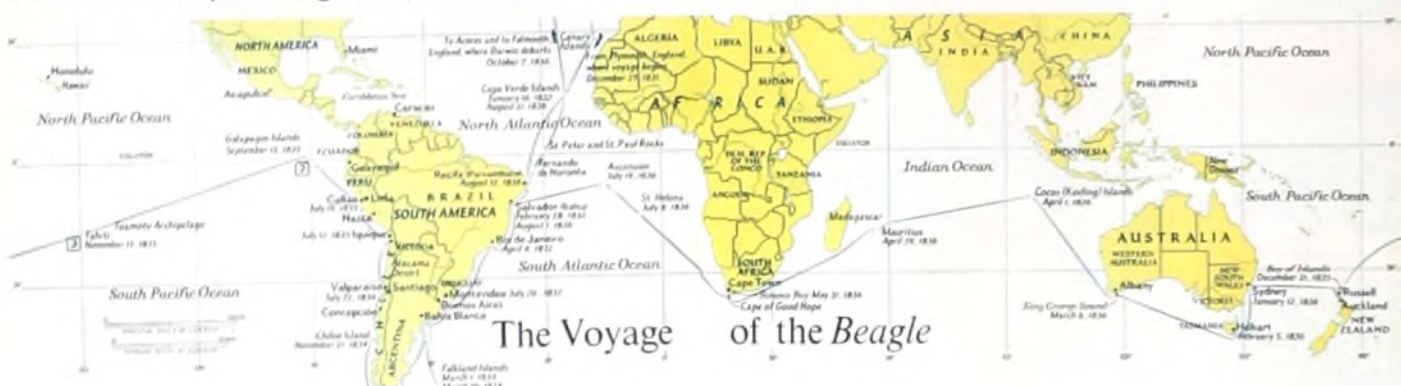
Darwin volvió a Inglaterra con un impresionante cargamento de fósiles, de especímenes de plantas y animales, de

datos y notas recopiladas en el mar y en tierra firme, de valiosas experiencias sobre el comportamiento de plantas, animales y hombres de distintas latitudes y de los más diversos ambientes. Sus ideas acerca de la evolución, surgidas paulatinamente durante años de observación, fueron tomando forma en notas y apuntes que ya consideraba dentro del concepto de teoría y que fue madurando mientras escribía y publicaba diversos trabajos botánicos, zoológicos y geológicos. El 24 de noviembre de 1859, 23 años después de haber finalizado su famoso periplo alrededor del mundo, Charles Darwin publicaba la primera edición de su obra cumbre: *Del origen de las especies por medio de la selección natural, o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*. Es la obra más importante relacionada con las ciencias biológicas del siglo XIX.

Sin embargo, y en honor a la verdad, es imprescindible mencionar el hecho de que no fue Darwin el único autor de la teoría de la evolución de las especies. En 1858, un año antes de su famosa publicación, Alfred Russell Wallace, un joven naturalista inglés que llevaba ocho años trabajando en

Progresivamente reemplazados por los hombres de Cromañón (derecha de la foto) los Neandertaleanos desaparecieron de Europa después de 400 000 años de existencia.

Ruta de viaje del Beagle, el barco en el que Darwin recorrió el mundo entre los años 1831 y 1836, visitando nuestro país en algunas oportunidades.



el archipiélago malayo, concibió casi simultáneamente con Darwin una idea sobre la evolución de las especies que coincidía prácticamente en su totalidad con la de éste. De ahí que, aunque la teoría se difundió como obra exclusiva de Darwin, con justicia debe mencionarse como la teoría 'Darwin-Wallace'.

En febrero de 1871, Darwin publicó *La descendencia del hombre y la selección en relación al sexo*, obra en dos tomos y cuyo propósito era el de incluir a la especie humana dentro del proceso de la evolución biológica. En *Del origen...* apenas mencionaba al hombre dentro de la problemática de la evolución, pero dejaba abiertas las posibilidades al decir: "se arrojará mucha luz sobre el origen del hombre y de su historia". Fue tal vez esta frase la que enardecía más a los espíritus religiosos, al involucrar al hombre en el mismo proceso, ya de por sí considerado herético. Era intolerable el solo hecho de mencionar al hombre en una obra que postulaba revolucionarios conceptos de naturaleza puramente biológica. Significaba considerar al "rey de la creación" como un animal más, y lo que es peor, echaba por tierra el principio antropocéntrico. La palabra de Darwin ofendió ciertamente a

muchos de sus contemporáneos y la oposición que experimentó fue tenaz y persistente, pero a pesar de todas las vicisitudes por las que pasó su teoría evolucionista, el naturalista siempre contó como incondicionales defensores, desde la primera hora, a la plana mayor de la biología de su época: Lyell, Henslow, Wallace, Hooker, Huxley y Gray son algunos de los más importantes. En 1882, cuando muere Charles Darwin, la mayoría de los biólogos se había convencido de la importancia de las conclusiones del sabio, que habían sido también aceptadas por amplios sectores de la opinión pública. Sin embargo, quedaban grandes lagunas por resolver, que hicieron surgir nuevas polémicas entre los investigadores.

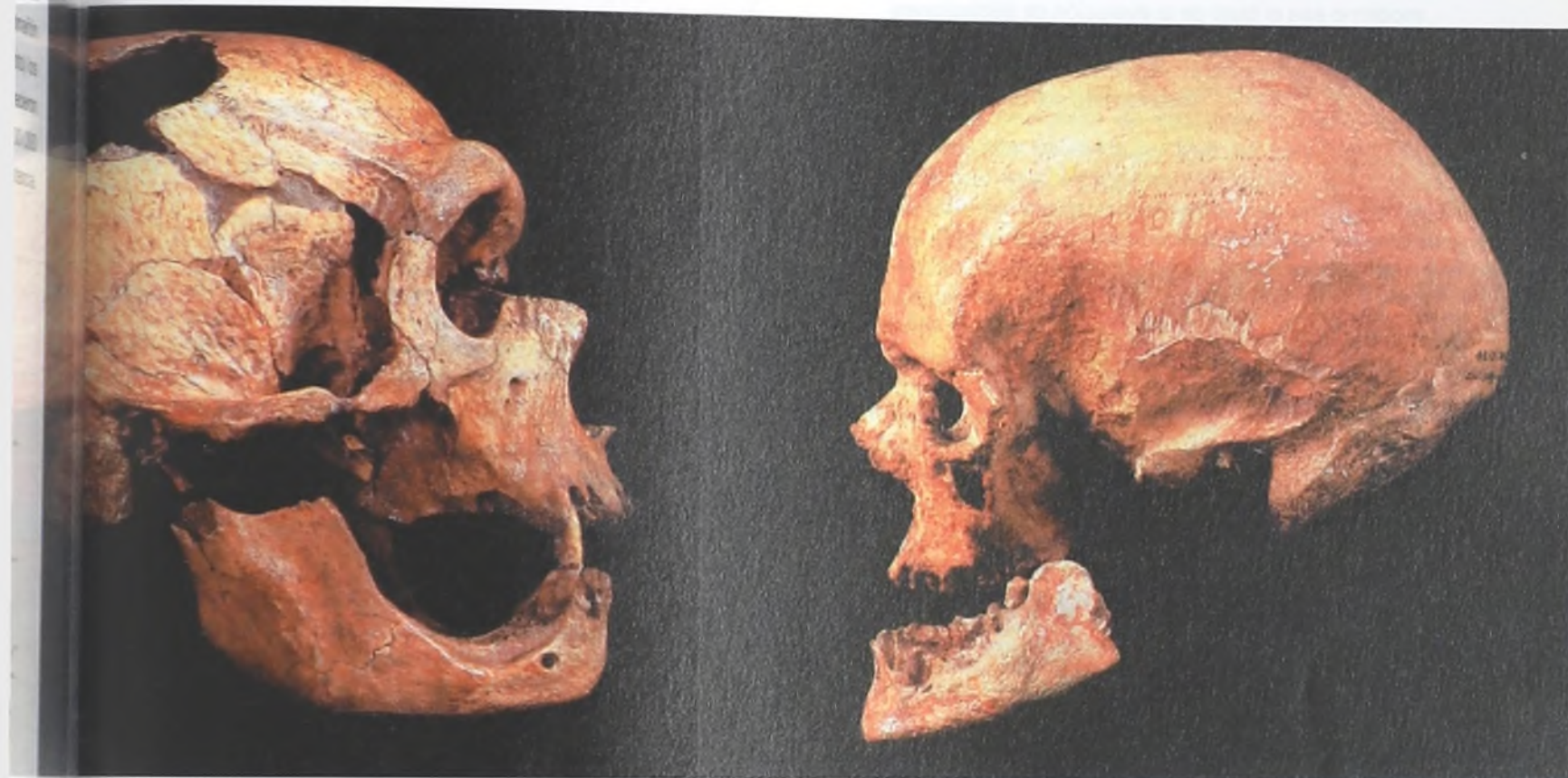
Una teoría en apuros

La teoría de la evolución darwiniana se apoya sobre cuatro argumentos principales: 1) Variación: los organismos varían y derivan de unos a otros en forma hereditaria; 2) Lucha por la existencia: en la naturaleza nacen muchos más organismos de los que sobreviven; 3) Selección natural: las variaciones

seleccionadas por el medio, de acuerdo a su capacidad de adaptación, son las que favorecen la reproducción y supervivencia; 4) Especiación: la selección natural acumula variantes favorables produciendo subespecies o razas primarias y nuevas especies después.

El mayor problema de Darwin consistió en explicar los mecanismos hereditarios. La genética aún no existía, todo lo referente a la herencia se explicaba con la "teoría de la sangre", que no ajustaba convincentemente al argumento de la variación. El sacerdote austríaco Gregor Mendel (1822-1884) había presentado en 1865 su trascendental trabajo *Hibridación de plantas*, pero su complicada disertación sólo consiguió aburrir al auditorio de la Sociedad de Brunn para el Estudio de las Ciencias Naturales. Su trabajo de ocho años, sus famosas leyes de la herencia, fueron ignoradas lamentablemente al no tener la difusión que merecían.

A principios del siglo XX, en 1900, el holandés Hugo de Vries (1848-1935) y el alemán Carl Correns (1864-1933), y el austríaco Erich von Tschermak (1871-1943) redescubrieron independientemente



res de Mendel. Con el reconocimiento de los cromosomas y de los genes, una nueva revolución biológica llamada genética se ponía en marcha. La mayor parte de la primera mitad del siglo la dedicaron los genetistas al estudio de la imposición de genes y cromosomas y al de las mutaciones o variaciones que se producían en ellos. En 1953, el norteamericano James Watson y el británico Francis Crick publicaron su descubrimiento de la molécula helicoidal de ácido desoxirribonucleico, ADN, contenida en los cromosomas del núcleo celular. Los autores del trascendental hallazgo recibieron el premio Nobel en 1962. De acuerdo al nuevo conocimiento, un gen está compuesto por una secuencia de las cuatro bases o nucleótidos que se repiten a lo largo de la molécula de ADN contenida en el cromosoma. Cualquier cambio que se produzca en la secuencia de bases constituye un error y, por lo tanto, una mutación génica. De esta forma hemos llegado a conocer el mecanismo de las variaciones, principio fundamental de la evolución.

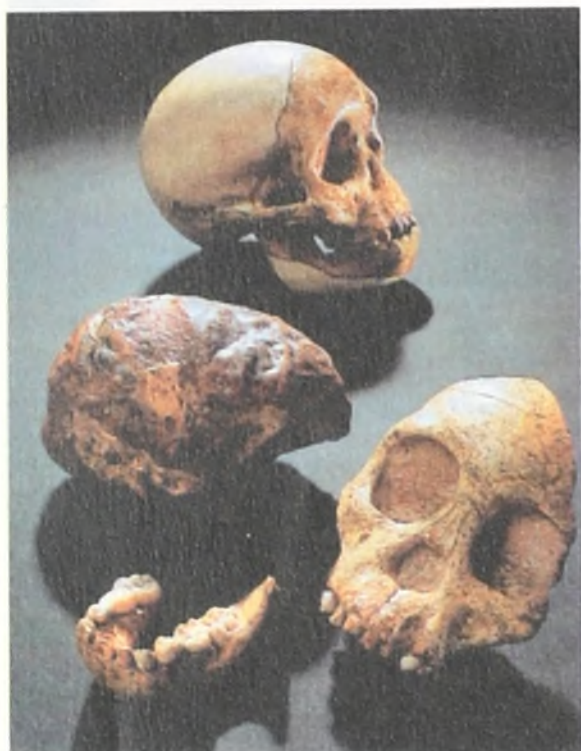
Es así como en la actualidad el fenómeno de la evolución biológica

dispone de toda una serie de disciplinas de estudio e investigación, que concurren en él como forma de ir conociendo cada vez más el proceso, y como pruebas de su importancia rectora de la vida sobre el planeta. Desde la taxonomía de Linneo, los estudios de embriología de Haeckel, los permanentes descubrimientos de la paleontología en todo el mundo y la observación de la distribución biogeográfica a los constantes e imparable avances de la genética de poblaciones y la investigación actual del genoma humano y en general de la biología molecular, el panorama lleva a la conclusión de que la *evolución* ha alcanzado su madurez. La idea fundamental de Darwin está hoy ampliamente aceptada por el mundo científico porque es un proceso plenamente comprobado. La moderna biología evolucionista es una síntesis de los conocimientos de la teoría de la selección natural y de la genética, y los hallazgos de la biología molecular enlazan con gran exactitud con los razonamientos de Darwin.

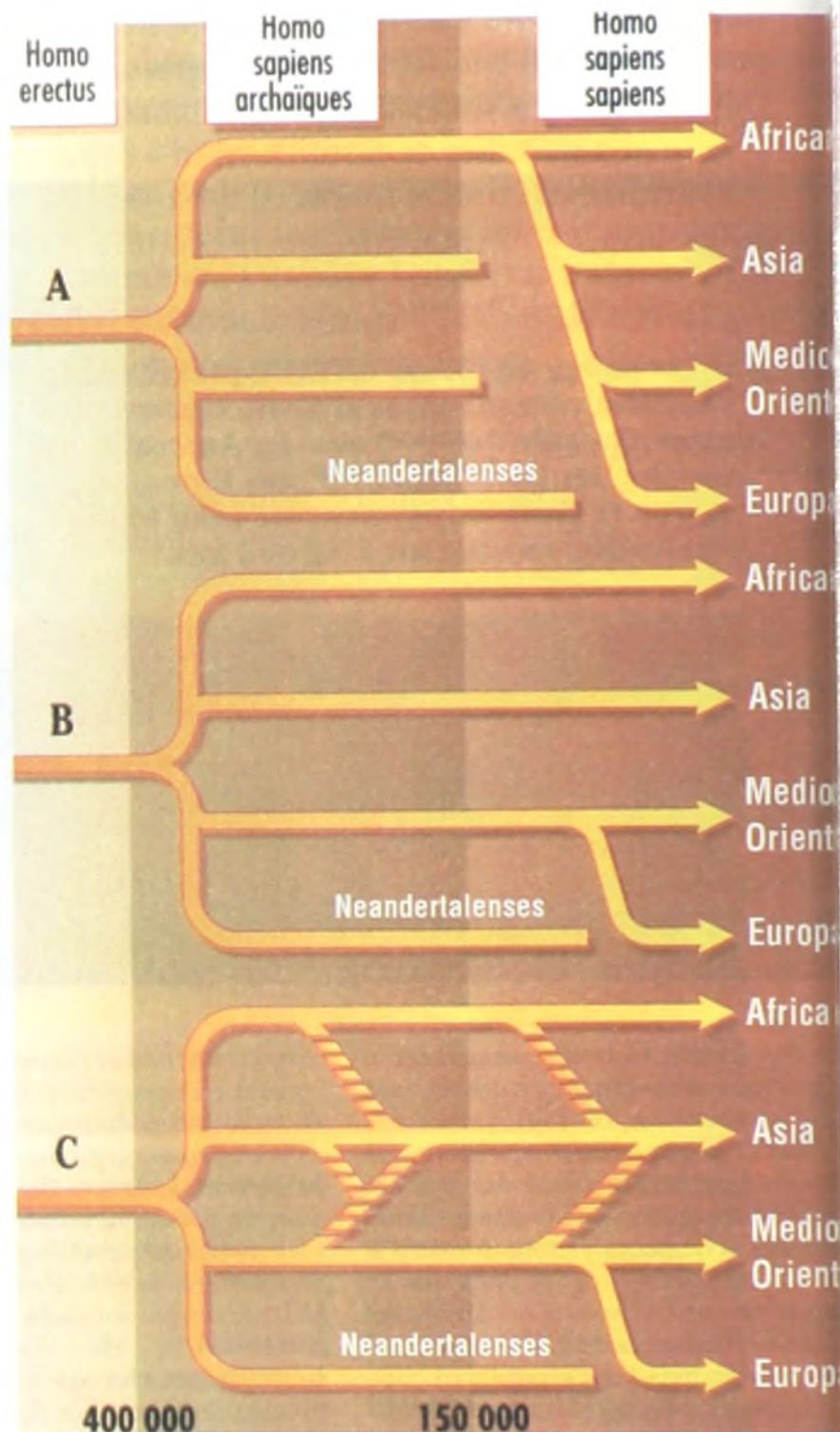
En la naturaleza sobreviven y se reproducen los organismos mejor dotados, los mejor adaptados a las condiciones del

medio. La mayor parte de ellos son eliminados desde el principio porque la selección natural opera básicamente por "reproducción diferencial"; es decir que los individuos con mayor capacidad de adaptación al medio, los más eficientes, los de mayor capacidad reproductiva para dejar descendencia, son en consecuencia los que producen "eficiencia biológica", es decir mejores combinaciones de genes de la población. Ése es el verdadero sentido de la selección natural y de la lucha por la existencia, muchas veces falsamente confundido como resultado de competiciones regidas por comportamientos innatos de agresividad y violencia. Generalmente la supremacía del más fuerte equivale a la supremacía del mejor adaptado, del más sano, del que se ha salvado de la predación, del más hábil y del más "seductor" para reproducirse en una nueva generación. Por eso la reproducción es crucial en el proceso de evolución; junto con la tasa de natalidad, define el éxito de una especie, siempre y cuando el equilibrio demográfico impuesto por el medio no sea alterado o no se altere el medio en sí. La selección natural se pone en marcha, cambia su ritmo o se acelera como consecuencia

Nada prueba que el hombre moderno haya aparecido en África y se haya radicado en el antiguo mundo reemplazando las poblaciones de éste (hipótesis A). No hay nada tampoco que permita afirmar que el hombre moderno sea el fruto de la evolución de poblaciones regionales arcaicas (hipótesis B). ¿Se podría entonces pensar en un mestizaje? (hipótesis C). Esto también todavía está por demostrarse.



El científico Raymond Dart destaca en el cráneo de este niño el bulbo raquídeo ubicado en la base del cráneo. La presencia de este carácter lo lleva a afirmar que el niño caminó parado. Lo llama *Australopithecus africanus*.



de los cambios ambientales, por eso el éxito de cualquier especie siempre va a ser temporal; cada grupo de organismos tiene su tiempo y por eso la extinción, que es lo contrario de la adaptación, es una parte alternativa de la evolución.

Cuando miramos hacia el registro fósil de organismos del pasado, pese a las dificultades que normalmente presenta su hallazgo y a las aún más raras condiciones que ha exigido el proceso de fosilización, y vemos que el número de especies desaparecidas que hemos logrado identificar y calcular es infinitamente superior al del que suponemos que hay hoy en día en nuestro planeta, nos damos cuenta de

cómo ha trabajado la evolución durante miles de millones de años. Y tomamos conciencia de que la evolución no mantiene las especies, pero sí conserva y promueve la vida.

Richard Leakey, célebre paleoantropólogo keniano, explica en uno de sus libros que la vida en el planeta Tierra ha pasado por cinco grandes extinciones masivas y que muy probablemente estemos en el inicio de la sexta. Como todo el mundo sabe, la 'ecología' está hoy de moda, y mucha gente se preocupa por el deterioro ambiental que todos sufrimos. La filosofía subyacente a los movimientos conservacionistas puede y debe hacer

mucho por mejorar la situación, pero puede ir contra las pautas naturales. El respeto que le debemos a la naturaleza debe ir contra los factores culturales degradantes que aceleran los procesos de cambio ambiental; al menos los más abordables parecen ser solucionables práctica, económica y tecnológicamente. Otros son irreversibles y son hechos que debemos asumir, como la superpoblación y sus consecuencias. Seguirá funcionando con o sin nosotros mientras el sol la siga iluminando.

José M. Montero Pérez

¿Quiénes fuimos, quiénes somos, cómo seremos



La vida sobre nuestro planeta surgió hace unos 3 800 millones de años. Surgió sólo una vez y su continuidad porfiada, pese a los episodios de extinción, resistió con diversos y periódicos momentos de gran diversidad. Hoy estamos en uno de esos momentos.

El linaje de los homínidos, al que pertenecemos como una especie más, remonta sus orígenes probablemente a poco más de 8 millones de años atrás. Si contrastamos esa cifra con la del párrafo anterior, caemos en la cuenta de que somos unos recién llegados. En nuestra especie, *Homo sapiens*, apareció hace unos 200 000 años. Recién hace 10 000 empezamos a abandonar el nomadismo, la recolección y la caza. Lo que llamamos 'civilización' —la construcción de ciudades, el comercio, la escritura, la guerra, el escalafón social, la explosión demográfica y la sistemática destrucción de los ecosistemas— lo iniciamos hace unos 5 500 años. Poco tiempo para semejante impacto.

A pesar de todo, seguimos hoy perteneciendo al orden de los primates, al suborden de los antropoides, al infraorden de los simiarrinos, a la superfamilia de los hominoides, a la familia de los homínidos, a la subfamilia de los homininos, al género *Homo* y a la especie *sapiens*. Desde que tenemos conciencia de lo que somos, observamos, estudiamos, investigamos y medimos todo lo que nos rodea en función de nosotros mismos.

El antropocentrismo es inevitable y lo hemos expresado con una tremenda autocomplacencia llamándonos a nosotros mismos "el rey de la creación", "el animal más perfecto y superior", "la cumbre de la evolución", "sapiens". Sin embargo, los procesos biológicos evolutivos por los que hemos llegado a ser lo que somos no son exclusivos ni exclusivos de nosotros. Son los mismos que han operado en la generación de todos los seres vivos que componen la biosfera: bacterias, hongos, plantas y animales. Un proceso ciego, impersonal, resultado de un cúmulo de factores biológicos y ambientales. Nuestro físico actual es el resultado evolutivo de la selección y no difiere del de nuestros antepasados cazadores y recolectores. Pero la vida en un ecosistema artificial urbano, sedentario y con un acusado trabajo intelectual que hemos elaborado, no tiene la evolución, que para nada está bajo nuestro control. Seguramente las nuevas condiciones creadas, que no van más allá de 10 000 años atrás, están forzando una adaptación a esas circunstancias. Sin entrar ni caer en la ciencia-ficción, lo que es seguro es que ignoramos por completo qué va a resultar de nuestra evolución.

Efectivamente, no podemos prever el futuro en ese sentido, pero tenemos la posibilidad de estudiar nuestro pasado. Lo que sabemos hoy del linaje de los homínidos, tal vez por lo reciente, es una de las más contundentes pruebas paleontológicas del hecho de la evolución. El registro fósil de nuestros antepasados y de sus diversas líneas, muchas paralelas, muchas contemporáneas, representa una evidencia de primer orden.

Esto nos lleva a considerar que la evolución de nuestro linaje, en un sentido holístico, teniendo en cuenta las cadenas hacia atrás del árbol filogenético, que nos desprende de troncos comunes con los demás mamíferos, con los reptiles, con los anfibios y los peces

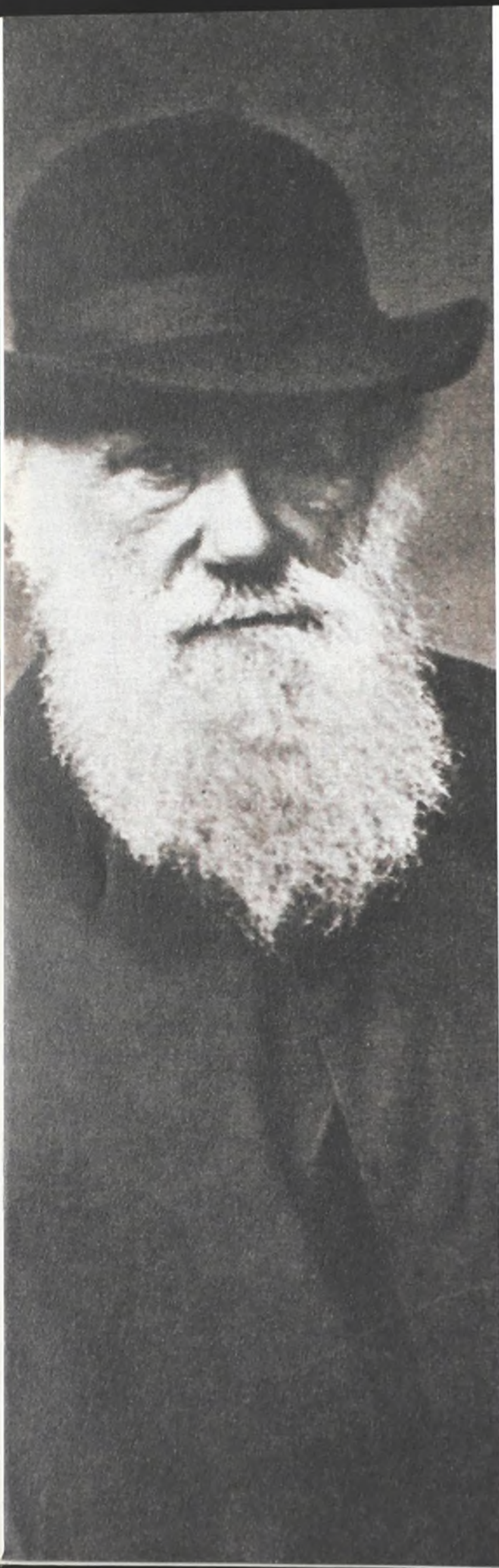
y así sucesivamente hasta los unicelulares procariotas, nos hace concebir una evolución de creciente complejidad, impredecible en sus diversos momentos, que se caracteriza por contener procesos químicos, biológicos y culturales. El proceso cultural es un derivado del proceso biológico, y la discusión de si la cultura humana llegará a dominar y controlar a los demás componentes de la evolución está servida.

Lo interesante de los actuales planteamientos en torno a la evolución es que es justamente la cultura el elemento que más se utiliza como argumento para proclamar nuestra diferencia fundamental con el resto de los seres vivos, la que día a día nos demuestra con mayor contundencia nuestra naturaleza animal. La biología molecular, posiblemente uno de los puntales actuales de la inteligencia humana y de sus capacidades de investigación, es la rama científica que apoyando a la paleontología, no sólo ha demostrado el hecho de la evolución, sino las similitudes y divergencias genéticas existentes entre los diversos organismos que muestran relaciones entre linajes y convergen en antepasados comunes.

Un ejemplo que nos atañe directamente en este aspecto es la comprobada similitud entre grupos sanguíneos, proteínas y grandes segmentos del ADN de hombres y chimpancés. Es prácticamente idéntica, y demuestra que genéticamente y por lo tanto molecularmente, es decir evolutivamente, las poblaciones de chimpancés y bonobos están más cerca de sus primos humanos que de sus primos gorilas. Combinando los datos moleculares con los datos derivados del estudio de los fósiles, podemos conocer el ritmo de los cambios evolutivos acumulados en las especies relacionadas, lo cual significa que podemos usar esos datos como 'reloj molecular' y medir la distancia genética entre esas especies. Gracias a ello hoy sabemos con mucha certeza que el tronco de los homínidos se fue diversificando con la rama de los gorilas por un lado, hace aproximadamente 8 millones de años, y la de los chimpancés y bonobos hace unos 5 millones. Posteriormente varias líneas paralelas, y más o menos contemporáneas algunas, se expandieron por las sabanas orientales y sureñas de África. Una de ellas desembocaría en el género *Homo* primero y en la especie *sapiens* después.

La vida es terca, perseverante, tenaz y persistente, y su historia sobre este planeta ha ido demostrando que la evolución como la imaginaron los clásicos y muchos todavía en nuestros días no es una progresión desde lo imperfecto a lo perfecto, ni de lo malo hacia lo bueno, ni de lo inferior a lo superior. La evolución no trabaja con calificativos, y menos con conceptos antropocéntricos, porque no avanza en ninguna dirección, no es un proceso lógico con intenciones ni conduce inevitablemente a algún lugar concreto. No busca, no tiene 'culminación'. Simplemente sucede, impredecible, con ritmos diferentes, es supervivencia en sentido lato; se produce de acuerdo a los cambios del medio físico y su consecuencia es la diversidad biológica. La Tierra sería eso, medio físico y medio biológico, aunados y cambiantes, formando un gigantesco ecosistema planetario autorregulable.

J. M. M. P.



¿Qué ha hecho Darwin para merecer esto?

Alfred Wallace, codescubridor junto a Charles Darwin de la teoría de la selección natural, escribió a este último una serie de cartas para expresarle que rechazaba el hecho de que la selección natural pudiese dar cuenta de la evolución humana. En su juicio, las facultades de la mente humana no podían explicarse únicamente por el medio de la selección natural. Para Wallace, un punto de vista contrario podía considerarse lisa y llanamente herético. Darwin adoptó, precisamente, esa posición 'herética': no veía ninguna razón para pensar que la selección natural no pudiera dar lugar a las características básicas subyacentes al pensamiento humano. Ya desde un comienzo pues, y en vida de su autor, las ideas del naturalista inglés fueron envueltas en incesantes combates y malentendidos que se prolongan, bajo diversas formas, hasta el día de hoy. Basta pensar en la seria y pertinaz militancia de grupos de ciudadanos que, en Estados Unidos y movidos por convicciones religiosas, rechazan la inclusión de las tesis darwinistas en los programas de enseñanza secundaria. En algunos Estados, la presión ha llegado a lograr que al menos se ofrezcan las 'dos campanas': la evolución y el creacionismo, impartido este último según el contenido de las Escrituras.

Este hecho puede parecer pintoresco, pero no es más que un eslabón (por cierto que no perdido) en una larga cadena de resistencias que lleva ya algo más de un siglo. El acuerdo en aceptar las grandes líneas de las teorías de Darwin es, sin embargo, por demás extendido en la comunidad científica. El neurobiólogo norteamericano y premio Nobel de medicina Gerald Edelman, por ejemplo, calificó a *El origen de las especies* (1859) como "la obra maestra que ha sentado las bases de la biología moderna", y uno de los principales libros del propio Edelman se llama *Darwinismo neuronal* (1987).

Las disciplinas involucradas son variadas. El antropólogo británico Michael Carrithers recurre también a una perspectiva darwiniana para proponer una teoría de la diversidad cultural (*¿Por qué los humanos tenemos culturas?*); Nicholas Humphrey, británico también y psicólogo, aborda en términos semejantes la aparición de la mente y la conciencia (*Una historia de la mente*, 1992). Los paleontólogos, por su parte, son legión, y los etólogos reconocen en Darwin, como dice Konrad Lorenz en el prólogo a la reedición americana de *La expresión de las emociones* (1965), el padre de la biología del comportamiento.

Con ese libro, Darwin no sólo se convirtió en uno de los inspiradores de la etología en este siglo, sino que con las conclusiones que extrajo a partir de su teoría encendió la mecha de una polémica centenaria acerca del carácter innato o aprendido de la expresión de las emociones. Casi al final de sus trescientas páginas, uno de los últimos párrafos dice, contrariando a Wallace: "el estudio de la teoría de la expresión confirma hasta cierto punto la conclusión de que el hombre deriva de alguna forma animal inferior y sustenta la creencia de la unidad específica o subespecífica de las distintas razas".

Actualmente, también en este campo especialistas como Jean-Didier Vincent, Robert Dantzer y, fundamentalmente, Paul Ekman, comparten con mayor o menor énfasis las tesis universalistas e innatistas de Darwin. Pero esa aceptación es relativamente reciente: después de un período inicial en el que *La expresión de las emociones* tuvo una gran influencia (el primer día de su aparición, en 1872, se vendieron 512 ejemplares), el ascenso de las concepciones culturalistas a poco de comenzado el siglo XX impuso progresivamente una visión opuesta, a saber que el individuo es enteramente moldeado por la cultura a la que pertenece, y que por lo tanto todas las expresiones humanas son producto de un aprendizaje. La defensa de



Darwin según el pintor
George Richmond (1840).

carácter innato y universal de las expresiones emocionales fue vista así, durante unas cuantas décadas, como una antigualla decimonónica y/ como un ejercicio de reduccionismo biologistista.

Isospechoso inocente

tro de los estigmas que ha acompañado a la obra de Darwin como su sombra desde muy tempranos tiempos ha sido el pregonado racionalismo de sus teorías respecto de ideas sociales y políticas poco recomendables. El propio concepto de selección natural, así como la noción de "lucha por la vida", principio según el cual se vería la selección, fueron capitalizados para justificar empresas de supremacía racial, implantaciones coloniales más o menos feroces, versiones bien llamadas "salvajes" de capitalismo.

Por supuesto, las denuncias sobre el 'darwinismo social' y sus usos no pueden sino compartirse, sin olvidar empero que no faltó a Darwin ni sus escritos para que esas ideas existieran, antes y después del naturalista. Es el caso del evolucionismo, un conjunto de teorías elaboradas en la segunda mitad del siglo XIX para explicar la trayectoria histórica única de la humanidad, se proponía identificar los estadios sucesivos recorridos y sus leyes de cadenciamiento, que presuntamente llevaban desde el más penoso atraso cultural (el de los "primitivos") hasta las cumbres de la civilización (blanca, cristiana y europea).

La idea de que este evolucionismo antropológico es deudor del darwinismo es comúnmente aceptada como errónea. En primer lugar, si alguna proximidad es menester encontrar entre el evolucionismo y la filosofía natural decimonónica, debe buscársela en los hechos en Darwin que en Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829), quien sostenía la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos. Pero aun Lamarck elaboró su noción de organismo cambiante a lo largo del tiempo por analogía con ideas del llamado transformismo geológico, que se refería a las sociedades o civilizaciones como entidades globales, variables en la duración, y en el seno de las cuales cada elemento o individuo cumple una función particular. Así, autores como Adam Smith o Condillac, ambos en 1776, son en realidad antecesores del lamarckismo, y más todavía del darwinismo, cuya relación ésta por demás tenue.

De esta manera, mientras hasta Darwin los naturalistas no podían ofrecer más que un vago impulso creador para dar cuenta de la historia de lo viviente, los historiadores del siglo XVIII proponían ya una explicación coherente en sí misma del mecanismo causal en virtud del cual la sociedad evolucionaba: la contradicción entre las necesidades innatas y los recursos limitados, desequilibrio que producía tanto las invenciones técnicas y las fuentes de mayor productividad como la expansión demográfica y los conflictos.

La resolución de estos últimos, que hacia fines del siglo XVIII se veía como el fruto de reacomodos sociales procesados por consenso, a comienzos del siglo XIX pasan a ser concebidos en una óptica más belicista, de "lucha por la vida". La idea de "struggle for survival" era pues corriente en el pensamiento antropológico desde hacía ya varias décadas cuando Darwin la adopta, tomándola prestada explícitamente de Malthus, para explicar la evolución de las especies. Se trata pues de una metáfora extraída del pensamiento económico

de principios del siglo pasado, que a pesar de las precauciones y advertencias formuladas por Darwin acerca de su carácter convencional, ha quedado instalada como una descripción realista de los mecanismos de la evolución, y consagrada, para peor, por el prestigio de una ciencia más 'dura' que la economía.

En cualquier caso, la separación entre el darwinismo y el historicismo sociológico se presenta nítida e irrevocable al considerar un aspecto tan esencial como la intervención del azar. Darwin la reconoce en la historia de la naturaleza, contrastando con el determinismo de las teorías sociales evolucionistas, que asignaban al devenir del conjunto de la humanidad un punto de llegada inexorable: el *non plus ultra* de la civilización, es decir Occidente.

Conversando con Darwin

Lo dicho hasta ahora no significa que todo cuestionamiento a Darwin sobrenade en la ideología o la confusión. Es cierto que los científicos que ponen en tela de juicio abierta y fundamentadamente los principios básicos de la teoría de la evolución son los menos, pero no obstante existen. Hay quienes creen, como el paleontólogo Stephen Jay Gould, que la dosis de azar en el desarrollo de la historia de la vida es bastante mayor que la admitida por Darwin; otros, como el geólogo David Raup, ponen el acento en la insuficiencia o incapacidad de la selección natural, mecanismo gradualista, para explicar las extinciones en masa o las explosiones de biodiversidad como la ocurrida en el Cámbrico.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero siempre el punto de partida es Charles Darwin y su monumental obra: para afinar, ratificar, complementar, cuestionar, en ocasiones incluso descuartizar sus contenidos. En todos los casos, y es importante no olvidarlo, con la clara percepción de estar ante un interlocutor de gran peso y científicamente más que respetable. Después de todo, seguir dialogando con Darwin a casi un siglo y medio de *El origen de las especies* no puede ser interpretado sino como un homenaje implícito a quien decretó el segundo exilio de Adán y Eva, esta vez hacia el definitivo territorio de las fábulas ingeniosas.

Rafael Mandressi

Noticias - Cine - Deportes - Espectáculos - Entretenimientos

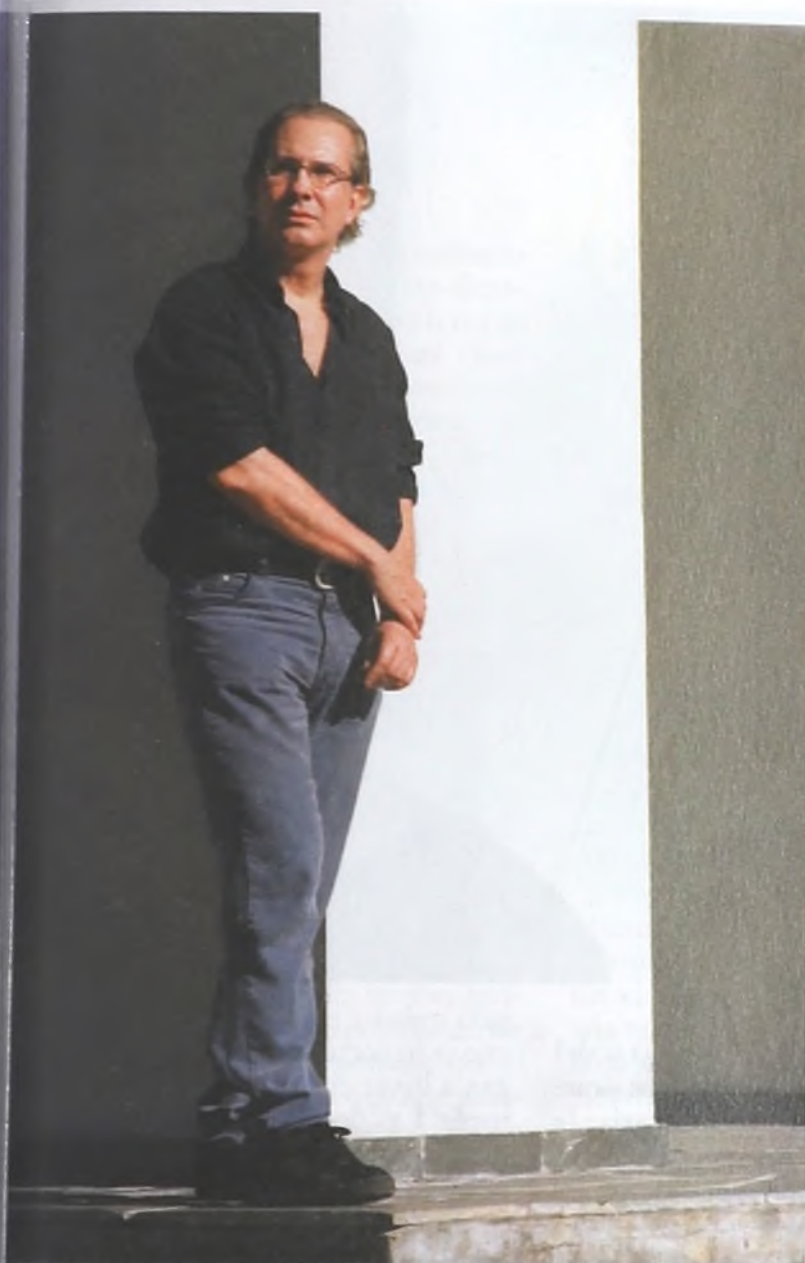
www.canal4.com.uy

**NUEVA DIRECCION
EN INTERNET**



CAN4L

DA VUELTA LA PAGINA



Entrevista a Roberto Echavarren

El fin de las identidades

Acaba de editarse un original y arriesgado ensayo del escritor Roberto Echavarren titulado *Arte andrógino: estilo versus moda en un siglo corto*.

No obstante la profundidad de los conceptos manejados y la amplia y diversa documentación de apoyo, la lectura resulta siempre ágil y atrapante. En esta entrevista el escritor aborda los puntos centrales de su nuevo libro, cuya primera virtud es la de jerarquizar el alicaído género ensayístico nacional.

¿Cómo surgió la idea de este ensayo, partir de qué inquietudes y cuánto tiempo te llevó terminarlo?

Este ensayo surgió de toda mi vida, tiene mucho que ver con mi novela *Ave Roc*, con mi poesía, con mi crítica anterior; es un hongo que creció de pronto. Sí es novedoso por la forma de ensayo, por la libertad y por la amplitud de espectro que abarca, porque mis anteriores libros de crítica se confinaban a la crítica literaria, si bien los elementos teóricos o las consecuencias a veces rebasaban ese campo. En este caso se trata, en los tres primeros capítulos, de una crítica cultural ('estudios culturales' podría decirse hoy en día), pero llevada a este plano no muy concreto que es la contraposición de la noción de moda a la de estilo; y de una parte literaria sólo en el cuarto capítulo, que de alguna manera, creo, le da como una cámara de resonancia y clarifica la función de la literatura con relación a la vida cultural.

La contraposición entre moda y estilo ya está desarrollada en *Ave Roc*. Tamara Kamenszain, que conocía la novela, me invitó a dar un curso en el Instituto Rojas de la Universidad de Buenos Aires y ella misma me sugirió el título diciéndome por qué no hablaba de 'arte andrógino'. Ese fue el pretexto perfecto para que cristalizara una serie de cosas que yo venía pensando desde hacía mucho tiempo. Por lo tanto el libro en sí lo escribí bastante rápido: al menos la primera versión fue realizada a partir de unos apuntes de clase. Y después, este año, lo estuve más bien ampliando, revisando bibliografía, agregando citas y corrigiendo un poco el estilo.

A lo largo de *Arte andrógino* vas tocando temas muy diversos y en planos que por momentos se cruzan, aunque los lectores atentos pueden percibir un hilo conductor. ¿Cuál es, según tu criterio, la columna vertebral del libro?

El elemento de mayor tensión y que desarrolla la problemática del libro es la oposición entre estilo y moda. Creo que a partir del año 50 vivimos la gran revolución cultural de este siglo. Antes teníamos los sistemas de consenso forzado, tipo los nazis o la Rusia bolchevique, y aun dentro de las llamadas democracias occidentales todavía había un peso enorme de las instituciones. La Iglesia, por ejemplo, planteaba esencias de lo masculino y lo femenino, intocables ya sea por su fundamento teológico o por cierta idea de derecho natural bastante discutible.

Lo que más me ha preocupado es ver cómo se articulan los aspectos fundamentales de esa gran revolución —que por otra parte intentamos olvidar todo el tiempo, imagino que en tiempos de la Revolución Francesa habrá pasado lo mismo— y sobre todo de esa verdadera explosión que se dio en los años 60. Y nada de eso ha dejado de



tener vigencia; por el contrario, sus repercusiones se vuelven cada vez más extensivas. Lo que se ha llamado 'estilos callejeros', algo que surge de abajo, en contraposición a la noción de moda —Elvis era electricista y camionero— lleva a una mayor labilidad en cuanto a la creación de una imagen. La moda, en cambio —que es aristocratizante, vertical, y viene de arriba—, tiene que ver con las ventas y con un sentido comercial muy fuerte: es más bien el sistema de las tautologías. Fue investigando en ese camino que comprobé que si bien ciertos autores ingleses se ocupan de lo que ellos llaman *street style*, no lo confrontan con el gran mecanismo de la moda, y por lo tanto no ubican esos fenómenos en un enclave de cambios sociales más amplio. Y por otro lado estaban los teóricos de la moda franceses, tipo Barthes y Lipovetsky, que seguían olímpicamente hablando del 'puro arbitrario' de los diseñadores de moda, de un modo para mí anacrónico con los fenómenos que se estaban dando. Me irritaba mucho esta ceguera de los teóricos de la moda, y por eso mi embate vino precisamente explorando los estilos callejeros y dándole la mayor agudeza posible como rivales y como contestatarios del sistema de la moda.

¿Cuál sería la resultante de la tensión

entre esas dos fuerzas?

Las consecuencias del ejercicio y del desarrollo de esos estilos callejeros —que tienen que ver con la indumentaria, la música que se escucha, los modos de vida, las conductas sexuales, la relación con las drogas— son el resquebrajamiento de los estereotipos de lo que era un hombre y de lo que era una mujer.

¿Cómo definirías exactamente el núcleo de tu tesis?

Sería, usando las palabras de Michel Foucault, que el hombre tuvo nada más que cien años de existencia: desde la muerte de Dios proclamada por Nietzsche hasta más o menos 1960. Después, ya no se trata de hombres ni de mujeres, sino de 'mutantes', de otra cosa que de algún modo vamos esquivando, pero que está entre y con nosotros. Esto a partir de la dicotomía entre estilo y moda.

Un aspecto en el cual hacés hincapié y que parece constituir una diferencia con respecto a enfoques anteriores es la asociación de estilos con formas y filosofías de vida, cosa que no sucede con la moda.

Por eso digo en varios lugares del libro que el estilo es política, implica hacer política: le puede costar muy caro a alguien, por ejemplo, llevar el pelo largo cuando

para trabajar en un supermercado te piden que te lo cortes o si en una oficina te obligan a llevar corbata y te despiden si no hacés. Las opciones de estilo implican inmediatamente la apertura de un campo político.

En un momento mencionás una realidad que se puede percibir a diario por la cual no toda la gente tiene conciencia, y es la utilización que hacen la moda y la publicidad de los estilos callejeros y de la imagen andrógina...

Lo que pasa es que la moda constantemente se apropia de los rasgos de estilos que los co-opta, pero esas asociaciones son muy precarias, tramposas, breves en el tiempo. Descontextualizan justamente esos espacios donde nacen los estilos. Entonces, por ejemplo, en 1978 teníamos una apropiación de los diseñadores de moda con relación a lo *punk*, pero al otro año ya se habían olvidado de eso, mientras que lo *punk* está todavía entre nosotros como estilo. Es decir, el estilo tiene un mayor poder de duración, de cohesión, de integridad y honestidad por parte de los individuos que lo eligen. En cambio la moda es arbitraria, cambia en cada estación sin que se sepa por qué y se impone a todo el mundo como si fuera un nuevo clima, por puro capricho o por puro juego comercial.



El autor

Roberto Echavarren nació en Montevideo en 1944. A los 30 años obtuvo un doctorado en Filosofía y Letras en la Sorbona de París, y dos años después se radicó en Nueva York, en donde hasta 1994 se desempeñó como profesor de Literatura Latinoamericana y Comparada de la prestigiosa New York University. Realizó numerosas traducciones para la editorial Seix-Barral de Barcelona. Su obra poética abarca varios títulos, entre otros: *El mar detrás del nombre* (1966), *La planicie mojada* (1981), *Animalaccio* (1986) y *Aura amara* (1988). Ha editado tres ensayos de crítica literaria: el primero sobre Felisberto Hernández, el segundo sobre Manuel Puig y el tercero sobre 'poéticas' de la narrativa latinoamericana. Su única novela hasta el momento es *Ave Roc* (1994). También realizó en Estados Unidos una película sobre el fenómeno del rock llamada *Atlantic City* (1989). *Arte andrógino* (1997) es el primer ensayo que publica en Uruguay.

de la izquierda, por ejemplo, todo lo que desafiara su plataforma o fuera remotamente peligroso se transformaba en 'pequeño burgués'. Recuerdo a la gente del Partido Comunista del Uruguay en los años 60, 70 y 80: si uno los confrontaba con algún razonamiento u observación que tuviera que ver con el estilo, o bien lo condenaban de entrada o bien de una forma paternalista decían que era un epifenómeno, que no tenía nada que ver con los cambios sociales ni con la lucha de clases, que se trataba de un fenómeno de mercado, y por lo tanto despreciable.

¿La distinción entre género masculino y femenino tiene un fundamento biológico, es una expresión de la naturaleza, o se trata de una construcción cultural independiente y transitoria?

Digamos que cuando se acaba la justificación teológica, la ciencia no puede aferrarse a ninguna naturaleza humana. En el siglo XIX sí se pensaba que había una normalidad (estaban las 'ciencias del hombre') y su contrafigura era la de las 'desviaciones' o 'perversiones'. La propia palabra 'homosexual' existió durante cien años: a partir de 1869, cuando un médico húngaro escribe una carta al Ministro de Justicia de Prusia cuando estaba por implementarse un artículo que penalizaba las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo. Y así como no existe una naturaleza heterosexual, tampoco hay ninguna naturaleza de lo homosexual, eso está más que documentado.

¿Cuáles serían las razones por las cuales la heterosexualidad y el matrimonio se erigieron como modelo a seguir en la mayoría de las sociedades actuales?

No hay que olvidarse de que el poder siempre tiende a regular las actividades del hombre, por lo que un sexo un tanto desordenado, plurívoco, aventurero, es siempre una amenaza. Ahora, esto es producto de una tradición: la visión teológica del sexo, cristiana y particularmente católica, para la cual el sexo es esencialmente pecaminoso y sólo la reproducción lo justifica. De hecho hay una secta rusa cristiana que considera que después que los hombres han preñado una o dos veces a la mujer

El mer...
En las sociedades de tipo totalitario
como las que vivimos durante las dicta-
turas militares latinoamericanas o como
del ex bloque comunista está claro
los estilos se visualizaban como una
anomalía, como amenaza al orden y la
acción era violenta e inmediata. ¿Cómo
da la reacción del sistema en las ac-
uales democracias occidentales?

Tienen maneras plurales de incorporar-
una es fagocitarlos desde el punto de
esta de la moda, y otra es condenarlos o
monizarlos. Tenemos, por ejemplo, el
por obscenidad contra Jim Morris-
todas las mayorías morales se unen para
denarlo y el presidente Nixon manda
telegrama de felicitaciones a toda esa
te. Tenemos el caso del obispo de Bue-
Aires, Quarracino, que dice todavía hoy
hay que mandar a los homosexuales a
campo de concentración; es decir, ex-
grotescos de condena moral. En
nuestro país tuvimos aquella famosa que-
lla entre el rock y el canto popular en los
80, cuando todavía se pensaba que el
rock era una música foránea que amenaza-
algo así como los valores nacionales. La
rensa de la izquierda atacó mucho al rock
arante toda esa época.

Es decir, los cambios estilísticos y las
distintas facetas de esos cambios son reprimi-
das, fagocitadas, neutralizadas desde muy
diversos ángulos y según el posicionamien-
político de los grupos. Tenemos a la
policía como otro protagonista con respec-
to a los modos de vida, recordemos las
razias a los jóvenes en el Uruguay de los
ños 80, que dieron lugar a la formación
e la Coordinadora Anti-razias.

**¿Por qué inquieta tanto lo diferente?
Cuál es la razón profunda de que las
instituciones —sean de izquierda o de
derecha— reaccionen tratando de neu-
ralizarlo?**

Es que para cualquier ideologización
institucional el estilo se vuelve un enemi-
go. ¿Por qué? Es que evidentemente irrita
o que no está definido de antemano, por-
que nos abocamos a lo no programado, a
la sorpresa... Y tanto a una ideología de
derecha como de izquierda le interesa in-
mediatamente valorar si cierto fenómeno
se adecua o no a sus propósitos. En el caso



deben ser castrados, porque se considera que ya cumplieron su misión reproductora. Y si el sexo se relaciona sólo unívocamente con la reproducción, toda forma de goce sexual que no esté en función de eso será

indeseable. Por otra parte, la familia también funciona como una unidad jurídica y económica.

En la reciente presentación de tu libro, Ana Inés Larre Borges trasladó a tu concepto de androginia un cuestionamiento que la argentina María Moreno había formulado a una idea similar manejada por Perlongher. Repito esa inquietud: "...este intento de fusionar la diferencia sexual en un discurso cuyo enfrentamiento se aloja en cada cuerpo ¿no es una manera de acallar aquello que las mujeres podrían decir de revolucionario en el campo de lo social, del arte, de la política, en el momento en que precisamente empiezan a hacerlo?"

Yo no estoy de acuerdo con esa afirmación, en primer lugar porque pienso que no se trata de fusionar las diferencias sexuales. Al final del capítulo primero hablo de que no se trata de abolir las diferencias: son las sociedades totalitarias las que intentaron abolir las diferencias. Es el caso de Mao, cuando hace vestir a todos con chaqueta azul. Por otra parte, en el capítulo dos cito a Foucault cuando dice que el gran error de la Antigüedad fue, a partir de una gran diversidad de estilos de vida, tratar de unificarlos y decir cuál era el mejor, cosa que culminó en la abstinencia sexual y en el cristianismo. Lejos de mi inten-

ción está el querer imponer una igualdad. Al contrario: cuanto mayor diversidad, mejor. Sospecho que Ana Inés está cayendo en el biologismo, desacreditado además por toda la última corriente feminista.

Volvemos a un tema que es central: ¿existe un psiquismo femenino particular relacionado sobre todo al hecho de la maternidad?

A mí me parece que una magnífica obra de arte que se relaciona con este tema es *La vida breve* de Onetti. Allí el protagonista recibe a una ex amante que está preñada, y llega con unas estampitas con palabras escritas en mayúsculas acerca de la redención divina en donde trae ese mensaje hipercristiano de que el pecado del sexo se lava con el estar preñada. Paradójicamente, estar preñada es volver a la virginidad. De ahí también el título muy divertido de un cuento de Onetti llamado 'La virgen encinta': esa noción es lo más explosivo en cuanto a una reivindicación biológica de la esencia femenina en función de la procreación. Creo yo, como Onetti, que esa mujer (que se llama Raquel en *La vida breve*) absolutamente fanatizada por su rol de madre está completamente idiotizada y loca. La maternidad a lo sumo es una opción. Quizá muy pronto los hombres puedan quedar preñados, todas las exploraciones sobre la fecundación, sobre los clones, etcétera, nos llevan a posibilidades muchísimo más abiertas. No creo que tener un hijo sea la realización de una mujer, y su destino, estar pre-

ñada. Simplemente ésa es nuestra tradición. Creo que un hombre puede ser una madre excelente si se lo propone, adoptando un hijo. Cuando hablo de androginia y de fetiche, lo que quiero rescatar, a través de lo que nos excita, nos intriga y nos atrae del fetiche, es justamente que no hay esencia de lo femenino y de lo masculino, que hay en cada individuo dos oportunidades o dos facetas por lo menos, contrapuestas según las cuales podemos gozar. Y en la medida en que quedamos atrapados en la magia del fetiche estamos abriéndonos a esa ambigua posibilidad de gozar. Y es a partir de eso que creo que nada se define a partir de la naturaleza biológica, sino a partir de las opciones y las prácticas culturales.

En el fondo estás proclamando el fin de las identidades...

Es que, precisamente, si hay una noción que yo combato a través de todo el libro es la de identidad, ya sea sexual, biológica o cultural. Creo que en la medida en que seamos capaces de dismantlar esa noción vamos a ser más libres. La identidad es un idiotismo, una etiqueta y una manera de limitarnos. A mí me parece que el error de las feministas o de los homosexuales, sobre todo en los primeros tiempos, fue hablar por ejemplo de la 'identidad gay'. Filosóficamente una noción como la de identidad no se puede justificar.

Eduardo Rolan
Fotos: Pablo Biel

*El nuevo teléfono de Telegestiones UTE
es inolvidable:*



1930

Telegestiones



1930: EL NUEVO TELEFONO DE TELEGESTIONES UTE PARA MONTEVIDEO

Rock, provocación y censura



Hace unos meses, un amoroso padre cometió un acto potencialmente tan destructivo para la vida de su hijo que es raro que haya sido perdonado. Para detener los persistentes rumores, el padre de Keith Flint, vocalista del melodramático grupo The Prodigy, concedió una entrevista y describió a Keith como un buen muchacho, amable y con intereses que incluyen la ecología y la cocina. Lo que sucede es que Flint se supone debe ser un personaje peligroso y sus pantomimas de chico malo del rock deben ser de lo más creíbles. Un padre declarando que "sus valores no han cambiado" no ayuda en nada.

Hoy día todos debieran saber que, a pesar de las erráticas apariencias, Boy George prefiere una buena taza de té antes que la androginia, y que los Gallagher estiman en mucho sus compras en Gucci a pesar de tomar drogas y gesticular ante los periodistas. Parece entonces que el último acto desafiante de los rockeros de hoy pasa mucho más por el nihilismo privado de un suicidio solitario que

por una vida cargada de actos peligrosos para el *establishment*. Comparado con el arte conceptual, con sus esculturas fúnebres robadas y retratos de asesinos seriales, la música pop de hoy sólo ofende a los que hacen del estar indignados una profesión o a aquellos tan ciegos o viejos como para ver la falta de convicción tras los aparentes excesos de las estrellas. Pero, extrañamente, todavía quedan algunos.

Hace un par de semanas la Advertising Standards Authority de Gran Bretaña (quien fija parámetros sobre publicidad) recibió una queja sobre la letra del nuevo sencillo de The Prodigy, *Smack My Bitch Up*, que figura en la campaña propagandística del grupo y que consideran ofensivo. Quince miembros del Partido Laborista firmaron una moción condenando el poster con "disgusto y escándalo" e instando a la compañía discográfica a retirarlo de circulación. Lo extraño del caso es que la queja venga de jóvenes políticos cuando tradicionalmente son organizaciones religiosas las que llevan a cabo estas anacrónicas denuncias.



M I C R O

Nureyev en Rusia

Hace 36 años, Rudolf Nureyev se negó a tomar en París el avión que lo llevaría de vuelta a Moscú, al término de una gira del ballet Kirov de Leningrado. Considerado traidor y enemigo del pueblo, la memoria del que luego habría de ser considerado como el más grande bailarín clásico del siglo XX fue borrada del registro cultural de la Unión Soviética. Esta semana -más de cuatro años después de morir de Sida y seis después de que la URSS desapareciera- se ha inaugurado en Moscú la primera exposición que le rinde homenaje.

Creciendo en público

El actor Christian Slater, de 28 años de edad, fue sentenciado a 6 meses de prisión luego de una pelea con la policía, inducida por el uso de drogas: "He venido actuando desde que tengo 8 años y soy una celebri-

dad desde hace mucho tiempo. Y cuando eres una celebridad mienzas a creer que puedes actuar fuera de la pantalla como quieras sin sufrir las consecuencias. Ahora sé que no es esa la forma como quiero vivir y estoy dispuesto a ser responsable por mis acciones." Oh, bueno, bueno, nos has conmovido.

Especialistas en campanas

España no cuida de sus campanas, según se ha puesto en relieve en el primer congreso nacional que sobre este antiguo instrumento de comunicación social se ha celebrado en Santander, España. Hace cinco años, el Ministerio de Cultura encargó al gremio de campaneros valencianos una catalogación de las campanas catedralicias, pero nada se hizo posteriormente. La situación es realmente insostenible: cinco años de pasado y las campanas sin inventariar.

Génoa futurista

Para Luce Marinetti, hija de Filippo Tommaso, padre del Futurismo, el año 2000 verá el triunfo del movimiento. El Palacio Ducal de Génova ha realizado hace unos días una gran exposición sobre este movimiento vanguardista que reunió cuatrocientas obras, entre pinturas, esculturas, proyectos arquitectónicos, dibujos y bocetos. La exposición, bajo el nombre 'Futurismo. Los grandes temas 1909-1944', pasa revista a esta gran aportación de la Italia a las vanguardias históricas a punto de cumplirse noventa años de su nacimiento.

La exposición genovesa, que durará hasta el 8 de marzo, está concebida como un viaje a través del Futurismo, dividido en once etapas, porque el once era un número que Marinetti concedía un valor cabalístico. Etapas que son las grandes estaciones del camino futurista, como la metrópolis, la velocidad, la guerra, el individuo o la guerra, donde el movimiento encontró sus mitos y sus conquistas, pero también sus derrotas, como lo de que los conflictos bélicos eran "la higiene del mundo". La muestra propone una visión de cuarenta años del Futurismo, la salida de la tradicional limitación del movimiento a los

FILIPPO TOMMASO
MARINETTI



años estelares de 1909 a 1916. El curador de la exposición ha entendido que el Futurismo va mucho más allá de la gloria efímera del primer Marinetti, luego repetitivo y decadente, y ha recuperado un Futurismo que se alarga más allá de los años 20. Luce Marinetti, que comparte con el Futurismo el mismo padre, ha aprovechado la inauguración de la exposición para desenterrar viejos resquemores por el olvido en el que cayó Marinetti y el Movimiento luego que tras la guerra le imputaran a su padre veleidades fascistas. "Muchos artistas, poetas, pintores, músicos y arquitectos se sienten todavía unidos a las ideas de Marinetti", afirma Luce Marinetti. "Es así, y quien viva lo verá: el 2000 verá el triunfo del Futurismo en el mundo", sentencia.

Irrupciones / (92)



L e v e r e r o

Agujero en un buzo celeste (VII)

El buzo amarillo me venía bien al cuerpo, así que, aunque disgustado por ese muñequito publicitario que le había puesto, discutí el precio, obtuve una importante rebaja, lo pagué y me lo llevé, pensando que ya encontraría la manera de neutralizar al muñeco. Todo el camino de vuelta la mujer se mantuvo en un silencio ominoso, porque yo lo había comprado a pesar de su opinión. Pero las cosas no fueron tan mal, ya que lo estrené y después no lo manché y a menudo, ni las manchas se notaban tanto después de lavado, y además pronto vinieron días más calurosos y dejé usar buzo hasta el próximo invierno.

Mientras lo usaba, vivía sin embargo bajo el permanente temor de aquel muñequito, y durante unos días anduve sin tiempo para intentar quitarlo. Cuando por fin lo intenté, vi que estaba muy bien pegado, unido probablemente con algún adhesivo sintético de última generación. Probé con bencina y con alcohol; inútil. Y cada vez que tironeaba para ver si aflojaba, el tejido comenzaba a abrirse, amenazaba con agujerarse, y alrededor del muñequito se agudizaba el aspecto de cosa que se estaba desmenujando.

Pensé en comprar alguna insignia neutra, pero la idea no me gustó porque quién sabe en qué me podría meter sin darme cuenta. Al muñequito se le podía hacer cierto daño en lo que a propiamente el bordado, con algo puntiagudo, como la punta de un cuchillo; pero sólo desfilaba el hilo verde, sin quitarlo realmente; apenas se le iba una especie de pelusa. Mi mujer me descubrió una tarde rasqueteando al saurio con la uña, y me dijo que estaba loco; que ese dibujito era una marca

prestigiosa, un símbolo de distinción. Yo le dije que si algún día me veía comprando algún objeto para prestigiarme con su marca, que directamente me pegara un tiro, porque para qué seguir viviendo así. También le dije que a los jugadores de fútbol les pagan por llevar propaganda en la ropa, y a mí no sólo no me pagaban nada sino que me habían cobrado bastante por el buzo, y que qué clase de estúpido le parecía que yo era para andar haciéndole propaganda gratis a nadie. Mientras hablaba seguía rasqueteando el dibujo con la uña; probablemente todavía se adivinara que se trataba de un saurio porque la marca es conocida, pero visto objetivamente a cualquiera le habría parecido más bien un loro con las plumas alborotadas.

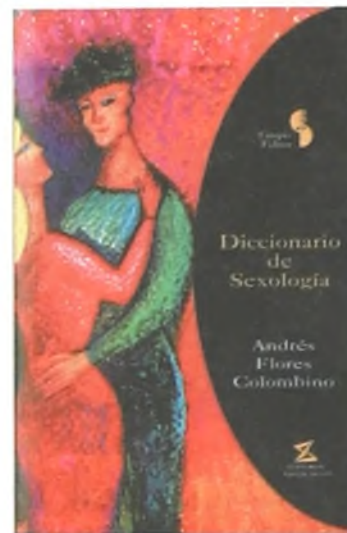
Y pasaron los días, hasta que una mañana me desperté con la solución, que sin duda había pergeñado durante un sueño: había que usar un *cutter* o 'corte' o 'cortante'—que de todas estas formas lo oí nombrar—; es esa especie de cuchillito de láminas que se van rompiendo y tirando, afiladas como hojas de afeitar, que se guardan dentro del mango hueco, y que para romperlas hay que tener cuidado porque sólo se puede hacer de cierta manera; si se hace de otra, saltan a los ojos. Yo tenía varios de estos *cutters* porque los había comprado en oferta hacía años, y aunque no me habían servido de mucho, yo sabía que algún día habría de llegarles su momento de gloria. Con uno de ellos fui separando cuidadosamente del tejido esa especie de cuero blando que soportaba el dibujo, y descubrí con alegría que estaba unido sólo en algunos puntos; había que cortar algunos hilos clave, y el resto se despegaba fácilmente. Es cierto que el buzo se dañaba un tanto al ir dando los tajos, pero supongo que ese debilitamiento del tejido no tendrá un efecto inmediato, y que el buzo, ya sin el muñequito, podrá usarlo todavía durante algunos años, antes de que comience a formarsele y a crecerle un agujero, como el de un buzo celeste que yo había comprado en Buenos Aires y cuya historia tal vez cuente en otra oportunidad.

(Fin de la historia del agujero en un buzo celeste)





El sexo de Flores Colombino



Como me considero persona fundamentalmente ignorante en esas cosas del sexo y considero que nunca es tarde para aprender, me sumergí alegremente en la lectura del *Diccionario de sexología* del Dr. Andrés Flores Colombino (Editorial Fin de Siglo, 1997), esperando encontrar repuestas a todas esas dudas que siempre tuve y jamás me animé a preguntar a nadie.

Para empezar, hojeando al azar, encontré un par de cosas sin cuyo conocimiento mi vida sería más despreocupada y feliz. Saber exactamente qué es el "hábito espermático" (pág. 81) o una "amibiasis" (p. 16) no me hizo un ser humano más pleno, a pesar de que en esta última página me alegré un poco al encontrar que uno de los nombres vulgares de las prostitutas es alargarrábanos. Picado por la curiosidad fui a la página 152 y encontré una fiesta del sinónimo: rameras, putas, meretrices, mujeres públicas y 64 más, incluyendo tunantes, pulastras, descorchadoras, engordaplátanos, mujeres del rumor helado, baldonadas y, por supuesto, la ya mencionada alargarrábanos. Curiosamente, pene sólo tiene 16 sinónimos en su entrada correspondiente (p. 141), aunque en la misma página uno puede

leer con considerable alivio que el muy mencionado abotonamiento en parejas humanas es sólo un mito. Vagina no trae ninguno (p. 201), y masturbación sólo aporta "Vulg. paja (V.), la del mono, hacer volar cometas o pendorgas" (p. 111).

En lo que respecta a enriquecimiento lexicológico, el aporte de este diccionario es considerable. La consabida frase "Vieja, ponete vos arriba" puede ser, a partir de ahora, cambiada por "Practiquemos la posición de Andrómaca" (p. 147), y al rato, en lugar de decir "Ponete mirando a los pies", puede decirse "Cambiamos a la posición de Ametini" (p. 148). Lamentablemente, el recuadro que acompaña a estas entradas incluye una "Posición del árbol" entre las variantes de pie, que no es explicada en ninguna otra parte del libro. Una verdadera pena. También hay esclarecedoras definiciones de términos sumamente usados pero tal vez mal comprendidos como "relajo" ("Desorden, indisciplina, falta de normas..." p. 163), "peluca" ("Cabellera postiza", p. 140) y "joda" ("Salir de parranda", p. 97). La "Masajista" es una "prostituta que encubre su profesión con el masaje" (p. 110). Inmediatamente el buen doctor se siente obligado a agregar que "Hay masajistas no prostitutas, hom-

bres y mujeres". Las piernas son "Miembros inferiores del ser humano" (p. 144) y un huevo es solamente el "Célulo fecundado o cigoto", sin más acepciones. Qué bache, doctor, qué bache. Pero se compensa con detalladas explicaciones de lo que es "chuponear" y "mor" "calzoncillo" y "bufarrón".

Al pasar son mencionados Darwin (p. 43) y Malthus (p. 108). Las razones de la inclusión de estos insignes personajes en un diccionario de sexología captan a mi humilde y limitada comprensión, al igual que la breve semblanza de *Tartufo* de Moliere (p. 188). Pero hay sinnúmero de datos curiosos y relevantes, como que hubo un hombre que tuvo 21 orgasmos seguidos (¡a la maraca) que 3 de cada 500 hombres pueden seccionar su propio pene (evito hacer comentarios) y que según Master y Johnson el clítoris más largo mide 7,8cm (también en la p. 162). En la definición de coito (p. 34) se aclara que "mover la colita es movimiento lateral de las nalgas que solicita a las personas del ambiente a verlo como un gesto de simpatía hacia el público". El doctor está en todas, no en ningún caso.

Hay una demasiado generosa ración de términos arrabaleros en desuso de

de 40 años o más, y varios conceptos psicoanalíticos que a veces se describen en términos netamente freudianos ("Pis-dismo: Símbolo de masculinidad por se-jo manza con el pene", p. 145). La ampli-tud de los campos cubiertos por la definición de Flores Colombino de sexo-búsqueda puede hacer que algunas páginas contengan elementos de procedencias muy diversas (p. 147 al medio: Pornofiguras, Pornografía, Pornoshop, Pornoshow, Pornostar, Poroto). Algunos términos pueden no parecer en primera instancia inmediatamente conectados con el mundo erótico o lo sexual, como "Divor-cio" (a no ser, en cuestiones de sexo, por la falta de) que generalmente lo sucede en un tiempo), o "conjugación" ("For-ma de reproducción por la que los cilia-rios intercambian sus cromosomas a tra-

vés de su citistoma", p. 36, asunto sin duda muy interesante e ilustrativo pero que, espero, poco tiene que ver con mi propia experiencia sexual pasada presen-te o futura). A veces hay cosas que no parecen estar bien del todo, como el ver-bo "Orgasmar" ("Tener un orgasmo", p. 131), cuya utilización posible sería "¡No pares que estoy orgasmando!", o que el safismo es utilizado por analogía con "Safo de Lobos" (y no Lesbos, p. 169). Pero poco importan estos detalles quan-do el buen doctor nos explica lo que es un "pistero" (p. 145).

El doctor a veces varía entre lo mefis-tofélico ("Inocencia: Ignorancia de lo sexual que guardaba una mujer hasta su matrimonio. No es aconsejable la igno-rancia sexual en la actualidad", p. 94) y lo siniestro, como cuando incluye en su

diccionario el infanticidio bajo la excusa de que fue un método pri-mitivo de control de la natalidad. Pero en general el diccionario de marras, si bien puede cuestionar-se su verdadera utilidad como manual de sexología o libro de consulta, resulta una lectura muy entretenida y sobre todo diverti-da, aunque si usted es hombre y quiere dormir tranquilo los días siguientes a la lectura, le aconse-jo evitar la definición de Inyec-ciones intracavernosas (p. 96), so-bre todo el ominoso final "Pueden ser autoadministradas".

Gabriel Sosa



Mente inodora



R e h e r m a n n

Nadie habrá dejado de observar que los uruguayos se bañan más a menudo que los franceses. Al menos, es frecuente escuchar afirmación en reuniones donde alguno quiere demostrar que es viajado. Así, se produce el fenómeno curioso por el cual la admiración más absoluta por lo europeo, asociada a una pobre percepción de sí mismo, encuentra la compensación de sa-tisfacerse mejor, por lo menos en cuanto a la higiene de ducharse.

El comentario viene sazonado con histo-ria acerca del olor a sudor que se percibe en el metro (viste, yo viajé en le metro de París) o incluso en la Opera (sí, claro, vi a Pavarotti en la Opera de París, la de Ott, por supuesto, Uruguayo, sí, no). Luego se dice que en in-ferencia el olor es menos acuciante que en vera-dad (qué pensás, que fui una sola vez a París). Después, los que saben explican que Francia es famosa por sus perfumes debido a la nece-sidad imperiosa de enmascarar el horrible olor que cunde en todo el territorio.

Uno no puede ponerse de pie y decir no, estoy de acuerdo: ni hay tanto olor, ni es tan desagradable, porque *ipso facto* cae en la categoría de mugriento insensible, transmi-

sor de hanta virus y otros horrores. Cabe es-pecular acerca de esta manía criolla por la *ino-dorez*. Lo interesante es que no hay una pala-bra para este concepto. Así como la insipidez es la calidad de insípido, la inodorez, o algo parecido, debería ser la cualidad de inodoro, salvo porque ningún diccionario propone esta ni otra palabra. Hay que hacer notar, tam-bién, que la palabra *olor* tiene una cierta con-notación negativa. Hay incluso personas que evitan su uso, aun cuando se refieren a malos olores: "Che, qué aroma tan desagradable", dicen, y se sienten finos y aristocráticos.

Algunos son capaces, empero, de aceptar los olores corporales como rasgos de las per-sonas, y se ha dado el caso de quien encuen-tra atractivo y hasta irresistible el olor que otros creen repugnante. Sin ir más lejos, millones de europeos así lo experimentan, y no es el caso aducir que han perdido la capacidad ol-fativa. Seguramente el creador de perfumes, ese viejito sentado delante de su mesa atibo-rrada de miles de frasquitos tiene un olor a sobaco que dejaría pálidos a los sensibles uru-guayos carne de excursión, setenta y cuatro ciudades en doce días inolvidables.

El olfato es un sentido relegado al territo-

rio de la higiene. El arte existe para ser visto y para ser oído, pero el gusto, el olfato y el tac-to, sentidos más apegados al cuerpo, se man-tienen en la lista de los placeres y los pecados. El manejo del olor se restringe casi exclusiva-mente a los perfumes para el cuerpo y a la creación de ambientes religiosos, mediante sahumeros e inciensos. Con el arte contem-poráneo, las instalaciones y los happening shan incorporado el olor a su materia prima, e incluso el teatro en el que el espectador y el actor se mezclan, a partir de ciertas experien-cias de disolución del espacio escénico, per-mite la percepción de los olores de una ma-nera consciente. Sin embargo, todavía no tenemos un arte odorale, así como no hay un arte háptico, y el arte culinario está lejos de ser equivalente a otras disciplinas, visuales o auditivas.

En esta época en la que el pobre tipo que no ha visto ni un ángel y no percibe el aura es un paria desordenado y sin esperanzas, es tí-pico que no se haga caso de un campo con tantas posibilidades afectivas como el del olor. Al parecer, preferimos una máscara en forma de barra *super active sport fresh* que perdura durante toda la jornada de éxito laboral.

Entre académicos y mamíferos



En muchas ocasiones, una reedición tardía de una novela en su momento exitosa puede producir desencanto. Esto no sucede con *Intercambios*, originariamente publicada en 1975 y capaz, todavía hoy, de contar divertidamente las aventuras de dos profesores universitarios que, a partir de una experiencia académica, terminan cambiando de país, universidad e, involuntariamente, de pareja.

Ubicado en el año 1969, el argumento cuenta cómo estos docentes de literatura cambian de mundo justo cuando estaba en explosión la revolución sexual y cultural de los años sesenta. Uno es un judío estadounidense, renombrado especialista en la obra de Jane Austen, de nombre Morris Zapp, quien parte de la (inexistente pero de todos modos netamente californiana) universidad de Euphoria y su agitado campus para dictar cursos en la modesta y británica universidad de Rummidge. Al puesto dejado por Zapp por un semestre, de Rummidge parte el oscuro Philip Swallow, un individuo netamente conservador, que habrá de convertirse en héroe accidental de las luchas estudiantiles del campus de Euphoria.

A causa de ese viaje, y de las vicisitudes que experimentarán durante un semestre, ambos dejan a sus familias. Lo hacen en condiciones disímiles. Zapp se está divorciando alegremente de Desirée, su segunda esposa, y Swallow viaja preocupado por su familia. Sin embargo, oscuras simetrías harán que los dos catedráticos terminen conviviendo con la esposa del otro.

La habilidad de David Lodge consiste, por sobre todo, en saber manipular las simetrías en los destinos de los protagonistas, que son por demás ostensibles, de modo que no terminen por resultar inverosímiles. A poco de recorridas las primeras páginas, la manipulación del relato hace pensar, precisamente, que en su afán por marcar los caminos paralelos de ambos protagonistas (cuyos aviones llegan a cruzarse en el aire) Lodge vaya a perderse en vueltas de tuerca demasiado evidentes. Sin embargo, el uso inteligente de algunos recursos (como el de un nutrido epistolario entre Hillary y Swallow y Desirée y su esposo) va difuminando la trama en la medida necesaria para que las simetrías (que podían parecer meramente caricaturescas) terminen resultando 'naturales', es decir, netamente novelescas.

A favor de Lodge —y del lector— corre un humor sostenido, aunque no abusivo. Los personajes van cayendo en las trampas del azar a favor de su propio temperamento. Así, el ególatra Zapp y el considerado Swallow pueden caer por igual —y con similar necesidad— en las coordenadas del adulterio. Lo hacen prácticamente sin darse cuenta y terminan descubriendo que el amor es una instancia bastante más compleja —y no por eso menos emprendible— de lo que creían antes de sus viajes.

Detrás de esta doble peripecia discurre con amabilidad el clima de la época, y las horribles —aunque no por ello menos verdaderas— pequeñeces de la vida académica en general y de aquella dedi-

cada a la literatura en particular. Muestran los juegos de poder, envidias, celos y todo tipo de mezquindades, que son la vida cotidiana de los departamentos de literatura, son percibidos en *Intercambios* con una cuota justa de comprensión.

Dosificadamente, la novela de Lodge combina desdén y piedad por esos tenaces oficiantes del hacer literario que son los académicos. En estas páginas, aquellos del todo familiarizados con los entretene- nes del arte de escribir pueden disculpar algunas minucias de su *back stage*. Una virtud no menor de esta bien llevada sátira es hacer bajar, sin violencia aunque de forma sostenida, a ciertas ideas rimbombantes sus pedestales. Porque Lodge, que es novelista, sabe que las ideas, como dice Cioran, incluso las más altas, son producidas por mamíferos. Y eso, además, es matado con sutileza. Los dos catedráticos y sus esposas se ven metidos en un embrollo profesional y sentimental del que no saben del todo cómo salir. Una de las mayores finezas de *Intercambios* consiste, precisamente, en plantear las dificultades pero no brindar ninguna receta fácil para salir de ellas. Queda a cargo del lector, que difícilmente podrá no comprometerse con estas páginas, indagar si este conflicto, que nos trágico que amable, encuentra alguna salida.

Amir Hano

INTERCAMBIOS - David Lodge - Anagrama - 299 págs.

La nostalgia de sufrir

Después de una extensa nómina de libros y películas, y de una homogénea documentación sobre el tema, el sombrío mundo de los campos de exterminio nazis sigue formando parte del imaginario colectivo y sigue, como es éste el caso, generando nuevas interpretaciones. En *El lector*, la aludida opción temática de Bernhard Schlink conecta al lector a una ineludible encrucijada ética frente a la cual, al menos, se ha enfrentado la generación a la que se vincula el autor de esta novela.

El examen y el dictamen del pasado que conmocionó a Alemania se convierten en el escenario que depara la paradoja entre la comprensión y la condena, y es en ese clima que los protagonistas Schlink, Michael y Hanna, desandan una historia de amor, y ambos desde distintas ópticas se acercan al asunto ominoso. Es entonces cuando Michael se entera de que Hanna había sido una guardiana analfabeta nazi. La comprensión del mencionado crimen y su justificación encuentran en franca antítesis con la condena del mismo, y es en ese sentido que las percepciones tienen que ver con cuestiones como el arrepentimiento, la vergüenza y la culpa.

Pero además es constante cierta necesidad de simplificación que constituye un problema de juicio intelectual y moral, en lugar de aprovechar la anécdota para la creación de algo más revulsivo como se supone que mueven este tipo de oscuras emociones. La disculpa del crimen y la absolución del mismo radican únicamente en el hecho de que Hanna es analfabeta, y por ende no sabía lo que hacía cuando su trabajo consistía en enviar prisioneras a morir a Auschwitz. Un ejemplo de la simplificación señalada lo ofrece el personaje de Michael, el portavoz de extensos parlamentos realistas que muestra prolijamente lecciones sobre moral y política correcta, mientras simultáneamente disculpa y absuelve a Hanna, basándose en la rusticidad de ella. Este extraño proceder del personaje masculino se relaciona con un lector de Kant que ofrece para el caso un referente didáctico intelectual muy refinado. La agobiante ironía tiene su punto culminante cuando Michael afirma que lo primero que Hanna leyó, cuando en prisión aprendió a leer, fueron documentos, ensayos y testimonios

de los sobrevivientes de los campos de concentración.



El personaje de Michael puede resultar verosímil según lo presenta el autor, pero, en el caso de Hanna, quien carga desde el principio con las expectativas de las acciones relativas a la justicia, a la justificación y la comprensión de las mismas, carece de estatuto ficcional acorde a las complejas y a las dramáticas circunstancias que se le atribuyen luego. Es por ello que resulta ciertamente perversa la relación entre la señora y el adolescente. Las descripciones propias de esta estrategia narrativa en ningún caso resultan ingenuas, y se aprovechan muy bien de algunos estereotipos cinematográficos. Y lo peor del caso: se asocia el ejercicio del poder político irracional con la mención de autores de literatura clásica; en este caso, las vinculaciones que se realizan en forma fragmentada de Schiller, Goethe y Tolstoi, entre otros, son simples alusiones nominales.

El dilema se le plantea al protagonista muchos años después, cuando debe juzgar a su antigua amante y enfrentar una imagen para él desconocida: había sido una torturadora nazi. Pero, en lugar del drama expresionista y clásico que podría plantearse, *El lector* se parece a un reporte novelado desde la posguerra y desde otra forma de percibir lo pasado: la recuperación de pequeños personajes y el planteo de las lecciones de estética y de moral *kitsch*. Si el objetivo consistía en mostrar las complejas relaciones morales y psicológicas entre el pasado y el presente, ¿señala la novela un deslinde generacional, una visión más personal pero no menos justa para con la herencia de un pasado al que estuvieron ligados?

María Echenique

EL LECTOR - Bernhard Schlink - Anagrama - 203 págs.

Mujeres valiosas, textos dispares

Mujeres uruguayas —trabajo colectivo de diez periodistas y docentes uruguayas, más una argentina— aspira a lograr para las personalidades caídas una dimensión acorde a la importancia de las acciones desahucadas en el Uruguay que a cada una le tocó en suerte. Se trata de historias femeninas que lucharon por sus convicciones desde el ámbito político hasta el artístico, desafiando el entorno social y las costumbres de cada época.

El libro propone una mirada detenida y elaborada sobre la intimidad de estas mujeres y su vinculación con los procesos sociales en los que participaron, apoyando o desafiando según el caso. A la vez, *Mujeres uruguayas* dice rescatar del olvido de la historia —narrada desde el lugar de los hombres— a estas mujeres valiosas en sí mismas.

Es así entonces que desfilan por estas páginas Delmira Agustini, Blanca Luz Brum, Cándida Díaz de Saravia, Carlota Ferreira, Bernarda Frago de Rivera, Juana de Ibarbouro, Rosa Luna, Ana Monro de Lavalleja, María Eugenia Vaz Ferreira, Petrona Viera y Margarita Xirgu. De la última sabemos claramente que es catalana, pero el libro la integra considerándola una más por su labor en el Uruguay.

Sin embargo, el material de este volumen no llega a comprender —salvo excepciones— dada la escasez de datos o la simple



acumulación de ellos. Las excepciones son —en orden de aparición— Blanca Luz Brum, con una cuidada y fresca exposición de Graciela Sapirza; Cándida Díaz de Saravia, donde Cielo Pereira habla con simpleza y encanto de una mujer fuerte, enamorada de su hogar y de su patria; Juana de Ibarbouro, bien narrada y vista desde el ángulo personal de Sofi Richero (hay que señalar que en cuanto al concepto novia-esposa del Estado uruguayo no se cita la fuente); Rosa Luna, un texto de Adela Dubra que le hace justicia a la vida de la encantadora diva; y Petrona Viera, en donde Mónica Bottero realiza la evocación de voces anónimas bien enlazadas con datos biográficos, recreando a una sordomuda que encauza su expresividad en la plástica.

En su conjunto estos textos muestran disparidad en la calidad y verdad de la escritura, en la elaboración —muchas veces insuficiente— de las ideas y conceptos, y transparentan en qué medida es éste un volumen oportunista, editado siguiendo las recetas del mercado en vez de responder a criterios estrictamente intelectuales.

Sandra López

MUJERES URUGUAYAS. EL LADO FEMENINO DE NUESTRA HISTORIA - Obra colectiva - Alfaguara - 267 págs.



Ludo



"Desde que los hombres no creen en Dios, no es que no crean en nada: creen en todo", decía Chesterton, y el auge de horóscopos, autoayudas diversas y las más increíbles disciplinas pseudo-científicas y esoterismos varios parece, en este fin de siglo, corroborarlo. Sin dudas el fenómeno es de largo alcance, tanto que no bastó la condena explícita del mismísimo Juan Pablo II para detener el consumo voraz de este tipo de literatura.

El horóscopo chino de Ludovica Squirru es ya un clásico de cada fin de año en ambas orillas del Plata. Con un diseño básico que año a año se repite aparentemente sin desgastarse, sería interesante poder saber en qué medida quienes compran el horóscopo de marras creen en lo que leen o los alienta una curiosidad egocéntrica por encontrarse retratados en las palabras generalmente laudatorias del horóscopo.

Squirru fluctúa constantemente a lo largo del libro; con secciones donde prevalece la disciplina por sobre el espectáculo a otras en las que se da lo contrario. El lector pasa entonces y con la mayor naturalidad de la cultura maya a la descripción de las características de cada animal, en donde palabras como *macromambo*, *egotrip* y las onomatopeyas más diversas marcan el relato para luego sumergirlo en la mística milenaria del I-Ching (generalmente con la participación de alguna autoridad legitimante) donde todo vuelve a mezclarse. Es increíble la capacidad de la autora para cada año repetir lo mismo en la parte medular del libro: las características de cada animal son descritas de manera similar en cada edi-

ción y, para peor, no varían sustancialmente de un animal a otro. Casi todos son más o menos proclives al arte, aman la naturaleza, son buenos amigos o perfectos amantes. Ningún signo registra tendencias homicidas, o una declarada convicción terrorista. Sin embargo, las predicciones basadas en el I-Ching pueden resultar de lectura agradablemente poética y abierta, donde el lector es invitado a colaborar interpretativamente.

Pero, lo que es fundamental para que el horóscopo sea un best-seller anual es Ludovica misma, una especie de sacerdotisa paródica, cómica, frívola y descarada. Con tremendo carisma, Ludovica Squirru construye su personaje inteligentemente, conduciendo al público y vendiéndole un producto que es por momentos serio y por otros —los más— un cúmulo de lugares comunes, máscara y kitsch. Dueña de una estética cercana a Marlene Dietrich, Minujin y el pop, con toques hippies y de la psicodelia mística sesentera (no por casualidad firma sus conmovedoramente horribles poemas con sus iniciales L. S. D.), Ludovica ha logrado no sólo ser masiva sino también respetada. Pero esto porque se mueve en la difícil frontera entre la disciplina y el espectáculo. Nunca se enojará nunca con Ludovica: sería —con todo respeto— tan ridículo como acusar de farsante al buenazo de Tribilín.

María José Santacruz
(Cabra de fuego)



Eliot y la gran pregunta del durazno

lo recuerda como uno de los poetas de lengua inglesa más importantes del siglo, pero esos son problemas que conciernen menos a la literatura que a la historia. Lo cierto es que, de la producción poética de T. S. Eliot —un individuo culto y culto que se ganaba la vida en un banco—, hoy ha obviado lo que en otro tiempo fuera su obra magistral: autoexplicada, *La tierra baldía*. Permanece sin embargo, límpida e ineludible, la *Balada de Alfred Prufrock*, un poema que enseña que, en ocasiones, lo mejor es formular preguntas ajustadas.



En la entreguerra, esa tierra baldía atormentada de utopías y utopías que le hizo gritar a Joyce que la Historia era una medalla de la que no conseguía despertar. A grandes problemas como proyectos totalizantes, la balada de Eliot apenas propone un camino al costado, sin confrontar el estrépito del mundo y abandonarse al canto modulado y melancólico de cierto Alfred Prufrock, un individuo que envejece, que se achica, que no logra dar el salto de héroe en tiempos tan agitados.

Es entonces que Prufrock —quien se consume entre cucharadas de café— se plantea si no sería más conveniente hacer una visita de papel con el universo y pasar disimuladamente a otro mundo. Para Prufrock, como para Shakespeare, la vida se había convertido en el cuento de un idiota, lleno de furia y de sonido. Prufrock no encuentra en el mundo un escenario y él carece del empuje de un héroe grandilocuente.

No es, explica, ningún príncipe Hamlet, y advierte así que no hay respuestas para grandes preguntas como ser o dejar de ser. Tampoco le parecería lo más acertado reformular las preguntas kantianas (qué

me cabe esperar, qué debo hacer, qué puedo conocer o —mucho menos— de qué está relleno el ser).

Adelgaza ese héroe mínimo que es Prufrock, que escuchó cantar a las sirenas homéricas a sabiendas de que no cantaban para él. Entre tanto estrépito y páramo, las suyas son cuestiones de *make up*: si debe peinarse con la raya al medio, si debe volver a hacerse el dobladillo y las botamangas, mientras “en el cuarto de al lado las mujeres van y vienen hablando de Michelangelo”.

Las mismas certezas atronadoras que a tantos hicieron hablar a los gritos, le sonaban muy ruidosas a Prufrock. Y mirado desde cierta perspectiva, si bien han desaparecido los grandes designios y proyectos, estos tiempos hipercomunicados parecen aún más sordos que los de Eliot. Ya son muchos los que han descubierto que, de tan informados, ya casi no podemos decirnos nada. Una lógica implacable que devora a artistas, intelectuales y también a estrellas del pop, que si no se inmolan como Kurt Cobaine o se autofagocitan como Charlie García pretenden —como Madonna o Michael Jackson— pasar un mensaje a partir de su *make up*, de su cambio de imagen, porque no lo encuentran en sus palabras. Más sofisticado, El Artista Antiguamente Conocido Como Prince encontró a su modo mayor expresividad y verdad en una auto-interrogante. El esquelético Charlie García o la interrogación de quien fuera Prince parecen no dejar dudas de que éstos son días de estrellas mortecinas. Y es entonces cuando la obsesiva, la melodiosa, la casi enconada pregunta del apocado Prufrock, “¿me comeré ese durazno?” resulta, todavía, una de las más adecuadas preguntas por el ser.

Amir Hamed

¿Cuál es la FM que mejor
adapta su programación
a tus sentimientos?

LA FM COLOR
101.9 **FM**

PAPELES DE MONTEVIDEO, UNA REVISTA CULTURAL

La literatura, ese bicho rebelde (y los hombres que lo domesticar)



A mediados de este año Ediciones Trilce lanzó una revista cultural, subvencionada en sus dos primeros números por el Fondo Capital, con el fin de promover la crítica literaria con carácter profesional a un nivel más consistente que el periodístico. *papeles de Montevideo* es un intento con pocos antecedentes cercanos (salvo excepciones como la esporádica *Maldoror* o la bastante 'heavy' *República de Plat*) que vació doblemente ostensible en un país con reconocida tradición tanto en la literatura como en la crítica y el pensamiento. A la altura de su segundo número, aunque su alcance sea limitado (tira 500 ejemplares) y no haya causado mayor impacto en los medios, constituye una de las novedades más importantes del 'año literario' que acaba de terminar.

Si bien el objetivo es mayoritariamente la producción sobre temas uruguayos, el director de la revista, Carlos Liscano, declaró a *Posdata* que se quiso "internacionalizar lo más posible" el número inicial (titulado 'La crítica literaria como problema'), tal vez como un indirecto manifiesto a favor de la actualización teórica, virtud que suele escasear en la crítica uruguaya, según agregó el mismo Liscano y sostiene también Pablo Rocca en uno de los artículos de la revista. Liscano observó también un grave problema de información: "Yo quise conseguir un artículo sobre narrativa argentina y no encontré a nadie que pudiera hacerlo, porque no hallé alguien realmente enterado del tema; tenemos un vacío de información enorme, ni siquiera sabemos, salvo dos o tres personas, de lo muchísimo que se produce en Brasil".

La segunda aparición trae 'crítica literaria' propiamente dicha y tiene una notoria diferencia de perfil con la anterior, un contraste que resume bien el actual callejón (¿sin salida?) del pensamiento uruguayo: quienes están al tanto —y a la altura— de los modelos teóricos 'de punta' se alejan cada vez más de la crítica propiamente dicha —en el sentido tradicional del estudioso que analiza obras y/o autores específicos— mientras que quienes conservan el ejercicio y la disposición para hacer un análisis específico o brindar un panorama sinóptico de la producción literaria nacional van perdiendo contacto o simplemente no terminan nunca de integrar cabalmente los avances de la actual teoría literaria, que es de donde deberían extraer sus modelos a la hora de analizar o historiar la literatura. En realidad, éste es uno de los mayores problemas del pensamiento uruguayo contemporáneo (como puede verse, por ejemplo, aunque de otro modo, en la historia).

El primer número de *papeles* está al nivel de la más calificada discusión académica sobre literatura y cultura latinoamericanas que está haciéndose hoy en todo el mundo, lo que probablemente constituya un logro cultural tan destacable y meritorio como una buena canción de Jaime Roos. Los artículos pueden considerarse como una sucesión de *posiciones*: planteo de la actual situación histórica, política y

epistemológica, en temas que van desde la crítica literaria en Latinoamérica (M. Moraña y G. Verdesio), Uruguay (P. Rocca) o Brasil (E. M. de Souza), hasta la necesidad de que las disciplinas se adapten a la nueva realidad —transnacional y desfronterizada— de la cultura que estudian (A. Trigo) o a las recientes políticas de integración e intercambio cultural en que ellas mismas se encuadran (García Canclini), de que discutan el modelo según el cual se configura la memoria colectiva (H. Achugar).

En su mayoría, ofrecen una visión sumamente lúcida, sagaz y bien informada. El de Achugar, por ejemplo, supone una de las pocas más consistentes que se hayan hecho al llamado "poscolonialismo" de vertiente anglosajona, que tiene en el "orientalismo" de Edward Said y Cía su versión más conocida. Aunque el tema es de índole académica, sus aplicaciones prácticas alcanzan cuestiones concretas. Como en la mayoría de las demás contribuciones, lo que está en discusión es el tema de las identidades colectivas en un mundo de relativa pero creciente globalización. En una palabra, lugar desde donde se escribe y el sitio en el que se lee.

Mabel Moraña señala que hay un cambio en los estudios humanísticos, que alcanza a los estudios literarios y que a menudo se identifica con la tan manida "crisis" (de la que en Uruguay se habla por lo menos desde los años 30). La reacción a ello, según Moraña, suele fluctuar entre "el escepticismo radical, el deslumbramiento por nuevas modas críticas o el aún más fácil conservadurismo teórico".

Algo más 'por fuera' de los típicos intereses universitarios se sitúa el panorama histórico y presente que hace de Souza del ambiente universitario brasileño y el de Pablo Rocca sobre la crítica literaria uruguaya del siglo XX (muy ilustrativo, aunque no se detiene a reconocer corrientes ni individualidades actuales, tal vez por un imperdonable exceso de pudor), así como la discusión de Juan Fló, la más reconocida autoridad local en teoría del arte, sobre el primero y más viejo



temas: ¿de qué habla la literatura?

El sólo desentona el trabajo de Adriana Rodríguez-Pérsico sobre la labor del intelectual. La autora se demuestra seguidora de la argentina Beatriz Sarlo, una profesora de literatura que tiene mucho éxito entre los intelectuales maduros, con su fórmula de aplicar modelos interpretativos de la edad de Gutenberg a la realidad actual. Pertenecen al extendido grupo de pensadores libresco mal convertidos a la llamada "cultura visual" (?), un mundo del que no parecen comprender—ni disfrutar—gran cosa, pero sobre el que enseñan y escriben profesionalmente, lo más campantes. Lo que tienen de original (Sarlo y Rodríguez-Pérsico incluidas) es que sueñan con meterse en serio con algo que otros usan apenas como pretexto para enclaustradas disquisiciones teóricas: en qué puede servirle el trabajo de los 'intelectuales' al restante resto de la gente.

El segundo número, sobre narrativa uruguaya posterior a 1985, deja de lado las preocupaciones teóricas. Es, sin embargo, la introducción de Liscano desliza algunos comentarios que podrían hacer tirar el libro a algún lector desorientado. Liso y llano, el narrador resume el proyecto de la dictadura como "una sociedad sin cultura, sin arte, sin literatura", ignorando la variada gama de aberraciones ideológicas que promovió el gobierno militar (ensayos que merecen de todo, menos el olvido).

Oscar Brando enfoca tres aspectos de la narrativa posterior a 1985: "las dificultades en el desarrollo del género testimonial y su posible articulación con la novela negra", la relación entre novela histórica y pensamiento ensayístico y "la imposibilidad de una ciencia ficción uruguaya" que alcanza "otras direcciones de la fantasía que van desde lo multimediático, la pornografía, los híbridos genéricos". Carina Brando desarrolla una mirada (¿femenina?) sobre la narrativa 'interior' de Alicia Migdal, con un espíritu ilustrado-impresionista que tal vez pueda conectar, desde la crítica, el tono de la escritura comentada. Al

igual que ella, Alicia Torres ('Los negros en Delgado Aparain') y Mercedes Estramil (con un sólido y fino ensayo sobre la narrativa de Pablo Casacuberta), examinan el tema de la otredad en un autor determinado. El tema se completa con un panorama interpretativo de la actividad de reescritura de Tomás de Mattos sobre Melville en su última novela, por Ana Inés Larre Borges, tres entrevistas a autores de "narrativa homoerótica" (Alfredo Fressia, Alvaro Fernández y Roberto Echavarrén), por el propio Echavarrén y una reseña sobre tres panoramas de la narrativa nacional editados en estos años. En sitio aparte se incluye un análisis del portorriqueño Juan Carlos Quintero sobre las estrategias totalitarias que estructuran el famoso discurso de Fidel Castro, 'Palabras a los intelectuales', y un sólido estudio de Hugo Achugar (único articulista que figura en ambos números), sobre el "balance y liquidación" del pasado nacional que se hace en este fin de siglo, sobre todo a partir de dos libros recientes, que mantiene el tono del primer número.

Junto con el eterno drama de la continuidad, la pregunta que queda en el aire con los dos primeros números de *papeles* es si de ahora en adelante intentará un perfil *top ten* académico, como en el primero, o enfocará más bien a la pauta 'profesor de literatura' (de muy buen nivel), como en el segundo.

Emilio Irigoyen

papeles de Montevideo. Literatura y Cultura. N° 1 (junio de 1997) y N° 2 (octubre de 1997). Montevideo, Ediciones Trilce, 1997.

El ver y el mirar



Silva García

Al iniciar este trabajo tengo ante mí una representación de la cultura de Homero ciego y una mascarilla de Goethe cuyos ojos están cubiertos. Como en múltiples ejemplos de la escultura no se advierte la ceguera. ¿Cómo fue posible que aquel poeta, aquel *aeda*, haya podido ver el mundo con tanta riqueza y tanta belleza? ¿Cómo pudo mostrar que el hombre no está separado de la naturaleza? El Escamandro es un dios y un río, y al igual que los hombres, una fuerza de la naturaleza, un tránsito constante entre los dioses y otros. Los hombres no están separados de la multitud de cosas tiernas y dulces. "Homero entrega a todas las cosas su plenitud dorada": el héroe tiene una infinita ternura ante las cosas que se recederán y frente a todo lo que él transfigura en la presencia de la muerte.

La *Odissea* es un poema de la *nostalgia*, el dolor por el retorno, pero *nostos* es también un camino para hallar el alimento. Y Homero buscó ese alimento en el pasado, invocando a Mnemosyne, la Musa de la Memoria, que es tan fiel a la vida, a las cosas que podemos considerar efímeras. Y como si fuera real me pregunto ante el busto de Homero: ¿por dónde anda su pensamiento, se está viendo aún, que sigue vivo en él?

Goethe nos lleva a una reflexión distinta. Hasta el último instante invocó la luz. Y sé también que hasta sus últimos años sus ojos conservaron su fulgor juvenil. Asombra la dimensión desmedida del ojo infantil; también le asombraron a Homero las

dimensiones del ojo de Hera. Más tarde los escultores exaltarán el tamaño de los ojos no sólo en el paganismo; ese mismo énfasis puede ser encontrado también en la Capilla Sixtina: María mostrando sus ojos infantiles elevados a los cielos, como si supiera cuál sería su papel.

Lo interesante para nosotros los adultos, en ese caso, es la impresión de una alta espiritualidad. Pero poco a poco, se va produciendo la normalización, que se estabiliza en la juventud. Y cómo la cabeza, que al principio parece muy grande en relación con el cuerpo, no lo es tanto. Entonces se produce el equilibrio.

Pero las artes plásticas suelen conservar el tamaño y la luminosidad. Me refiero al brillo de los ojos, que los antiguos atribuían a un fuego interior, y que en realidad, se debe a un aumento de los humores que ejercen presión sobre el globo ocular y lo mojan, tanto en la cólera como en el júbilo. Es fundamentalmente la excitación lo que provoca un pequeño aumento de la secreción lacrimal: las drogas, los maquillajes, intentan crear esa impresión. Pero el tránsito de los años va achicando los ojos. Se van velando gradualmente y marchitándose: se preparan para el cierre, para la clausura definitiva, en el momento en que parece que algo se ausenta, sin que sepamos qué, y se desprende del mundo. Para consuelo hay que recordar los versos de V. Hugo: "Se ve la llama en los ojos de los jóvenes; / Pero en el ojo del viejo se ve la luz" (*Booz endormi*).

Constancia de una roca

d
i
s
c
o
s

Puede resultar un poco extraño el realizar una crítica del último disco de Mötörhead en una publicación que trata de cubrir básicamente lo más novedoso o lo mejor dentro de la infinidad de lanzamientos que se realizan semana a semana; los Mötörhead hace años que dejaron de ser novedosos (si lo fueron alguna vez) y es sumamente discutible el que puedan considerarse como lo mejor de algo, musicalmente hablando. Junto a los (aparentemente) disueltos Ramones y los Cramps, los Mötörhead han adquirido el dudoso status de ser una de las bandas que se copia mejor a sí misma; como los citados anteriormente, se han dedicado a editar discos exactamente iguales año a año y *Overnight Sensation* no escapa a esta regla. La mayor novedad de este disco, evidente desde la portada, es que Lemmy Kilmister se afeitó su eterno bigote y que las canas empiezan a cubrir su aún frondosa cabellera. Entonces, ¿por qué gastar tiempo y espacio hablando de un disco que es lo que cualquiera pudo esperar y que ni siquiera llega al nivel de discos anteriores como el legendario *Ace of Spades*? Supongo que porque para muchas personas es importante que sigan existiendo los discos de Motörhead. Porque a muchas personas les gusta que haya un producto que sea como un Mac Donald del inconformismo sonoro: siempre igual, siempre efectivo. Porque ninguna banda de *thrash* o *heavy-metal* tiene el carisma y el convencimiento de arremeter siempre hacia adelante como los Motörhead. Porque, a pesar de ser un emblema del *heavy-metal*, al mismo tiempo son una de las únicas bandas de rock'n'roll que aún hace rock'n'roll. Porque Lemmy es el hombre más feo de la Tierra pero se para con una actitud que ningún miembro de Oasis podría llegar a soñar, aunque todas las cámaras del



mundo los enfoquen de abajo hacia arriba. Porque Mötörhead no está de moda y siempre es un signo de buen gusto y calidad musical. Porque Lemmy tendría que estar muerto de cirrosis o retirado y no lo es. La constatación que permite creer que nadie va a morir nunca ni a hacerse viejo. Y, sobre

todo, porque en este mismo momento hay un chico de diecisiete años al que sus compañeras de liceo no le dan la más mínima bola porque tiene el pelo demasiado largo y los gritos de su madre no lo convencieron de cortárselo porque las madres nunca tienen la razón. El chico duerme en un cuarto demasiado chico y no va a sacar la libreta para conducir porque no hay ningún auto para manejar ni ningún lugar adonde ir. Y ese chico es el único que realmente puede escuchar rock'n'roll porque es el único que realmente necesita escuchar a alguien como Lemmy bramar canciones acerca de guerras, motos, mujeres fáciles y violencia, y sentir que de alguna forma todas las decisiones equivocadas que tomó hasta ahora pueden ser correctas. El chico puede convertirse en un Ángel del Infierno saliendo entre lluvia y humo del centro del corazón de su barrio y pararse encima de la cabeza de cada imbécil *fashion* que no tiene ni la menor idea acerca de dolor que significa crecer en un camino absolutamente propio. El chico escucha *Overnight Sensation*, se siente bien, decide hacerse un tatuaje y te dice que Mötörhead es la mejor banda del mundo. ¿quién sos vos para decir lo contrario?

Gonzalo Cur

OVERNIGHT SENSATION - Motörhead. - CD C
O607686203-2

T A M B I É N

Los Straitjackets

Más allá de las debidas consideraciones, tengo que confesar que nunca me gustó Hendrix. O sea, ¿cómo puede agradarme alguien que pone en parte de la letra de una de sus canciones algo como "...y ya nunca escucharemos música surf otra vez"? Mide tus palabras, viejo. El inmortal sonido de Link Wray y Dick Dale puede haber sido dejado un poco de lado por algún tiempo —los surfers de ahora escuchan Offspring!—, pero la fuerza resiste en alguna parte de la galaxia. Conozcan entonces a los poco conocidos Straitjackets, quizá los únicos —sin contar a los Men Or Astromen?— que incluyen influencias surf sin estar impulsados por el éxito del disco de *Pulp Fiction*; y lo que es más, Tarantino es un conocido fan de los Straitjackets, junto a Mike Campbell de los Heartbreakers y a Pearl Jam. Está bien, no es que sean buenas credenciales, pero tampoco las necesitan. Imaginen esto: cuatro tipos tocando rock'n'roll de la variante surf (mucho reverberación, twang, eco y un staccato pesado apoyados en una batería fuerte y cuadrada), pero con máscaras de lucha libre mexicana y trajes clásicos; como El Santo tocando una Strato-caster en un cumpleaños de quince.

Así que tienen la actitud y tienen la ropa; afortunadamente, también tienen el talento. Aunque se confiesen admiradores de los Ven-



tures y Link Wray, Los Straitjackets tocan instrumentales de rock'n'roll pero no necesariamente surf. A través de la mezcla de influencias del rockabilly, del tex-mex y la música 'exótica' mexicana, logran un sonido auténtico

pero no estudiado o retro; a pesar de basarse en lo tradicional, Los Straitjackets suenan frescos, dándole gran importancia al clima de cada canción y sin excederse de los tres minutos por tema. Un momento tenés la avalancha de guitarras de 'Outta Gear', y de repente pasan a la tranquilidad del mar hawaiano de 'Pacifica', para luego volver a la ciudad con 'Espionage', que tiene casi todo basado en el sonido de *El Super Agente 86*. Como si no fuera suficiente el viaje, está el homenaje a Morricone de 'Lonely Apache', o la apertura de película B de 'Nightmare In Monte Cristo'. Si Dick Dale inventó el estilo para representar la experiencia de hacer surf, entonces Los Straitjackets lo utilizan para reproducir todo aquello que sea auténtico pero que se pueda hacer desde el sillón de tu casa. Lo que lo hace doble de *cool*.

Martín An

A Nathaniel Hawthorne de Herman Melville*

(Verano de 1851)



Querido Hawthorne:

Hace tiempo ya que hubiera ido a visitarlo en mi carroza de pino, pero no fuera porque en las últimas semanas he estado más atareado de lo que usted puede imaginar, al aire libre, construyendo y arreglando y arrendando por todas partes. Además, tenía que entrar mi parcela —maíz y patatas (espero mostrarle algunas ya famosas)—, y atender a muchas otras cosas que se han acumulado en esta estación. Bajo hasta el agotamiento y por la noche mis sensaciones físicas se asemejan a las que tan a menudo he sentido, cuando trabajaba como albañil, de sol a sol. Pero pienso seguir visitándolo hasta que usted me diga que mis visitas son excesivas y superfluas.

Con ningún hijo del hombre gasto etiqueta ni ceremonia, salvo las bellas cristianas de la caridad y la honestidad. Me dicen, camarada, que existe una aristocracia del cerebro. Algunos la han afirmado y defendido audazmente. Schiller parece haberlo hecho, aunque no sé mucho de él. De todos modos, la verdad es que ha habido quienes, aunque celosos en la defensa de la igualdad política, aceptaban empeñados dominios intelectuales. Y creo poder percibir sin trabajo cómo un hombre de espíritu superior, a través de un cultivo intenso del mismo, se lleva, por así decirlo, hacia cierta espontánea aristocracia de sentimientos —sumamente refinada y melindrosa— semejante a la que, en un Howard inglés, causa un estremecimiento de pez torpedo ante el más leve contacto con un plebeyo social. Por ello es posible que usted sienta una ligera contracción nerviosa, o algo parecido, cuando oye hablar de mi empedernida democracia total. Es natural sentirse avergonzado del mortal que osadamente afirma que un ladrón en la cárcel es personaje tan honorable como el general George Washington. Todo esto es ridículo. Pero la Verdad es lo más tonto que hay bajo la luz del sol. Trate uno de vivir aferrado a la Verdad... y luego al dispensario para indigentes. ¡Cielos! Que algún clérigo trate de predicar la Verdad desde su propia fortaleza, el púlpito, y ya lo harán volar de su iglesia a cuestras de la barandilla de su propio púlpito. Difícilmente puede dudarse de que todos los reformadores se basan en la verdad, más o menos. ¿Y acaso el reformador no aparece para la mayoría como un hazmerreír universal? ¿Y por qué? La verdad es ridícula para los hombres. Por eso yo, engreído y gárrulo, venero cómodamente desde aquí, en mi cuarto, la prueba de Lord Shaftesbury.

Parece incongruencia asegurar una democracia incondicional en todas las cosas, y confesar al mismo tiempo mi disgusto por toda la humanidad... en masa. Pero no es así. Vamos, esto resulta un sermón interminable. Basta. Empiezo diciendo que el motivo de que no haya ido a Lenox es éste: por la noche me siento completamente agotado e incapaz de hacer el largo traqueteo hasta su casa, y el regreso corres-

pondiente. Dentro de una semana, más o menos, iré a Nueva York, a enterrarme en un desván de tercer piso y a trabajar como un esclavo en mi *Ballena*, mientras va apareciendo en la prensa. Ésa es la única manera de que pueda acabarla ahora, tanto me llevan y traen las circunstancias. La calma, la frescura, ese estado de ánimo de silenciosa hierba en crecimiento que *debería* ser siempre el que tuviera un hombre para componer, todo ello temo que difícilmente pueda ser mío. Los dólares me condenan; y el malicioso Demonio me sonríe siempre, dejando la puerta entreabierta. Muy señor mío, un presentimiento me acosa: al cabo me agotaré y moriré, como un viejo rallador de nuez moscada, destrozado por el rallado constante de la madera, esto es, la nuez moscada. Lo que más desearía escribir, he ahí lo proscrito: no da ganancia. Sin embargo, tampoco puedo escribir lo otro. Y así el producto es un picadillo final, y todos mis libros son remiendos.

Tal vez esta carta me muestra bastante resentido. ¡Pero mire mi mano! Cuatro ampollas en esta palma, cuatro ampollas que en los últimos días me han sacado azadas y martillos. Es una mañana lluviosa; por eso estoy adentro, todo el trabajo suspendido. Me siento animado, y en consecuencia escribo melancólicamente. ¡Ah, si el Gin estuviera aquí! Si alguna vez, mi querido Hawthorne, en la venidera eternidad, llegamos a estar juntos usted y yo en el Paraíso, en algún rincón umbrío, y si de algún modo podemos pasar de contrabando una canasta de champaña (no quiero creer en un cielo de Templanza), y si entonces podemos cruzar nuestras piernas celestiales sobre la hierba celestial, eternamente tropical, y chocar nuestras copas y nuestras cabezas, hasta que ambas suenen musicalmente en unánime concierto, entonces, ¡oh mi querido camarada mortal!, cómo discurriríamos gratamente sobre las múltiples cosas que ahora tanto nos acongojan; es decir, cuando toda la tierra no sea más que una reminiscencia, sí, y su disolución final cosa vieja. Entonces se compondrán canciones como las que se cantan cuando acaban las guerras: canciones alegres, jocosas: “¡Oh, cuando yo vivía en ese agujerito que llamaban el mundo!”, o bien, “¡Oh, cuando golpeaba y me golpeaban en la pelea!”. Sí, esperemos todo eso. Juremos que si ahora sudamos es para obtener el calor seco que es indispensable para nutrir la viña que ha de dar las uvas que después nos darán el champaña. [...]

H. Melville

* Fragmento extractado de carta de Herman Melville incluida en *Literatura Epistolar. Volumen XL de Clásicos Jackson. Selección de Ricardo Baeza y Alfonso Reyes. W. M. Jackson Inc. Editores, México, 1966.*

Entrevista a Augusto Monterroso *

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta. Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno y el otro habían hecho de su triste existencia.

A. Monterroso
(de *La oveja negra y demás fábulas*)

Entre los escritores cautelosos pondría dos casos: el de Borges y el tuyo. Durante un tiempo Borges no escribió directamente narrativa sino formas oblicuas de narración, porque, según él, lo intimidaba la literatura. ¿Por qué eres cauteloso tú?

Por miedo.

¿A qué atribuyes ese miedo?

Tal vez a que soy autodidacto y a que nunca he creído ser escritor. Todavía ahora cuando me enfrento a la tarea de escribir algo lo hago como lo hacía a los diecinueve o veinte años: completamente desarmado. Nunca he podido superar ese miedo que tú llamas cautela.

Lo curioso es que tu humor y la soltura de tu estilo saben esconder muy bien ese miedo.

Los animales muy cautelosos se disfrazan, o se mimetizan; pretenden ser otra cosa. Probablemente yo me haya estado disfrazando de hormiga por el temor de presentar demasiado blanco ante el público o ante mis amigos. Quizá no tener estudios académicos me haya hecho así y de ahí parta todo.

Entonces hablemos de eso.

Yo prácticamente no fui a la escuela, por lo menos no terminé la primaria. Cuando me di cuenta de esa carencia, a los dieciséis o diecisiete años, me asusté y traté de superarla yendo a leer a la Biblioteca Nacional de Guatemala, sin lograrlo. Subconscientemente todavía estoy haciendo la primaria, preparándome para la primaria. Quizá por eso me gusten tanto los textos escolares, sobre todo ahora que ciertas cosas mías aparecen en alguno que otro. Es una sensación extraña: los miras por casualidad y de pronto te encuentras allí, e incluso te piden que señales tus propios pluscuamperfectos.

¿Qué te llevó a tomar conciencia de esa necesidad?

Bueno, lo que nos lleva a muchos a leer o a escribir: ciertas incapacidades físicas para compartir otras experiencias de muchacho: los jue-

gos, los deportes. Inhabilidades, timidez, timideces. De niño fui malo para correr, para cualquier ejercicio, para nadar. Siempre recuerdo a alguien, sobre todo a mi hermano, sacándome del río una y otra vez, medio ahogado. De pronto, al llegar a la adolescencia me encontré con que carecía ya no sólo de educación sino de cosas tan elementales como zapatos presentables ante las muchachas de que te enamoras y, como consecuencia, de otras cosas necesarias, como soltura o audacia para agarrarles la mano. Entonces te refugias en los libros, o en billares de mala muerte. Por otra parte, yo suponía que cualquiera que hubiera hecho una carrera forzosamente lo sabía todo. Con el tiempo me he ido dando cuenta de que eso no siempre es así pero en ese momento yo sentí la necesidad de saber algo y de empezar por los nombres más universalmente conocidos. La idea era ésta: con sólo mirarme, ese señor se va a dar cuenta de que no he leído a Cervantes, a Dante, a Calderón de la Barca, para no hablar de Gracián y Andrés Bello y don Juan Manuel y... Medio pesadilloso, ¿no crees? Pero en fin, así era y así sigue siendo. Hace apenas unos años trabajé en la edición de las *Obras Completas* de Alfonso Reyes corrigiendo las pruebas de galera. Nunca me atreví a ver personalmente a don Alfonso por el temor de que de pronto me preguntara: "Oiga, Fulano, ¿se acuerda de tal verso de Tirso de Molina?", y yo, naturalmente, no lo supiera, qué le vamos a hacer. [...]



Quería preguntarte si eras un lector breve, como eres escritor breve; pero ya me lo has contestado y la respuesta es negativa: trataste de leer todo lo que tenías a mano.

Sí, soy más lector que escritor. Dedico muy poco tiempo a escribir.

¿Cómo te sientes ante Proust, Mann o

Musil, autores de muy amplia obra, como lector?

Como de costumbre, a Mann y a Proust comencé a leerlos por cierta obligación, pero terminé por tomarles el gusto, sobre todo a Thomas Mann, a quien leíamos más en los cuarenta. Remontar *La montaña mágica* mientras veía pasar frente a mí los cuartos de Proust fue maravilloso. Proust se afianzó con el tiempo. Necesité otro ambiente y otro tiempo para acostumbrarme a su ritmo.

¿Te interesa la novela, como lector?

No soy muy lector de novelas, pero porque prefiera los cuentos u otro tipo de narrativa. Ahora casi sólo leo biografías, memorias, ensayos y periódicos. En cuanto a las novelas, leo con gusto trozos de muchas, pero en la realidad más bien las examino. A no ser por razones técnicas o puramente de forma, no entiendo cómo alguien dedicado un tanto a este oficio puede interesarse en una novela muy extensa de hoy (aunque sí entiendo cómo la escriba): la mayoría de las norteamericanas son vulgares, las rusas y las inglesas no existen, las francesas son afectadas o aburridas hasta lo indecible (todas las latinoamericanas son perfectas, pero tienen el defecto de ser muchas). Incluso un estilista tan consumado como Nabokov sólo logra llevarme a una tercera parte de las suyas. Me imagino que las novelas, algunos cuentos muy largos, quizá hasta las películas, están hechas para los que no saben cómo se hacen, y es un gran bien no saberlo. Desgraciadamente, hoy sé que los personajes de las novelas no son reales; en cambio, fueron y siguen siendo reales Alonso Quixote, Lemuel Gulliver, Huckleberry Finn y, ¿por qué no?, Leopoldo Bloom. Sin embargo, como personas y como escritores los novelistas me dan envidia: ¿Qué manera de tener ocupada la propia mente! [...]

Tus libros me dan la impresión de un gran pesimismo esencial. ¿Lo reconoces?

Sí, soy pesimista; pero creo que en mi caso el pesimismo es un optimismo. A veces me pregunto si no será una pose o algo así para hacerme el interesante conmigo mismo, pu-



te si uno sigue haciendo cosas ese pesimismo no es tan absoluto. Me refiero a hacer cosas no necesarias para la mera subsistencia. Que, como en este caso, que eres pesimista, te implica la idea optimista de que alguien va a oír o leer. Depende de tantas cosas. Pues que ser forzosamente pesimista respecto al progreso, por ejemplo. Esta forma de pesimismo sí la padezco: se seguirá desarrollando esta serie de destrucciones y esperanzas, destrucciones y esperanzas hasta el infinito.

Qué piensas entonces?

Que no hay esperanza.

Que vamos hacia la destrucción?

Estamos en la destrucción. No vamos a una destrucción. Es fácil darse cuenta de que todo es la misma repetición, la misma esencia. Y sin embargo, si en este momento me dices que vaya a una manifestación en homenaje a Salvador Allende yo iría con entusiasmo. ¿Qué clase de pesimismo es entonces? Un pesimismo del instante próximo, y otro del día próximo, y otro del futuro de la humanidad. No quisiera ser de ese tipo de pesimista que no cree que la realidad contemporánea se pueda cambiar por una mejor. Claro que se puede. Lo que no podemos saber es si va a pasar tres generaciones después. Es incierto.

El tuyo es entonces un pesimismo esencial, pero no obsta para que en la vida cotidiana, durante el ciclo de vida que te toca cumplir, intentes mejorar lo existente. Pero consideras que no está en las manos de una

generación hacer el futuro.

En todo caso, que no hay futuro, o sólo un futuro muy inmediato, y eso sí vale la pena intentar cambiarlo, pero ya.

Esto lo relacionaría con tu sátira, que precisamente no es hiriente, sino que busca señalar los errores humanos para adquirir conciencia de ellos. En ese sentido te diría que es una sátira sana.

Está bien.

Pero asimismo con una base amarga.

No sé. Un amigo me dijo que *Movimiento perpetuo* es un libro muy amargo. Pero estoy más acostumbrado a que me digan: qué divertido. Cuando ese amigo me dijo: "Tu libro es muy amargo", encontré que verdaderamente yo había puesto allí más de lo que imaginaba de mis propias experiencias que, por lo que veo, no han sido siempre muy placenteras, y yo no me había dado cuenta. [...]

Quiero hacerte una pregunta, pero antes otra cosa preámbula: ¿'La cucaracha soñadora' es un homenaje a Borges?

No se me había ocurrido; pero me gustaría pensar que todo lo que he publicado es un homenaje a Borges.

Ésa era precisamente mi pregunta: ¿cómo consideras a Borges?

De alguna manera eso está contestado en un texto de *Movimiento perpetuo*.



Entonces, parafraseando a ese texto, te preguntaré si la lectura de Borges ha sido para ti 'benéfica' o 'maléfica'.

Creo que benéfica, porque siempre me di cuenta de que en él había una parte maléfica: su propio brillo. Los que se le acercan demasiado caen achicharrados. Borges es tan él que imitarlo es fácil, y muchos han caído en su trampa. Se explica: es más tentador imitar a Góngora que a Garcilaso, pero más difícil lo segundo. Por otro lado, Borges nos ha enseñado mucho: todo un mundo de literatura, y tras de ese mundo, otros, de rigor de imaginación. Nos ha enseñado hasta cómo no se debe ser en política, si es que sus declaraciones no son simples bromas de mal gusto. Pero hasta en eso sería primero: el escritor importante de más mal gusto político de América Latina, como para Premio Nobel. Bueno, en este terreno tal vez hay otros, pero aunque quisieran que se les notara, se les nota menos.

(1976)

(*) Extraído de *Crítica en Marcha - Entrevista de Jorge Ruffinelli. Ensayos sobre Literatura Latinoamericana*. Premia Editora, México - 2ª edición, 1982.

Índigo sobre azul



Pellegrino

—No tiene sentido escupir el nombre contra un vidrio para que se pueda leer.

La inmortalidad es un deporte que se juega en las bibliotecas, y la vida no es otra cosa que un ejercicio interminable para aprender a morir. Para conocer lo que, (¿para siempre?) tendrá sentido contemplar, desapareciendo como yo, embrollón, solemne, memorioso y estaqueado en su balbuceante reverbero. Extinguido el deseo. Abandonado en las tinieblas. Como a la llegada al mundo.

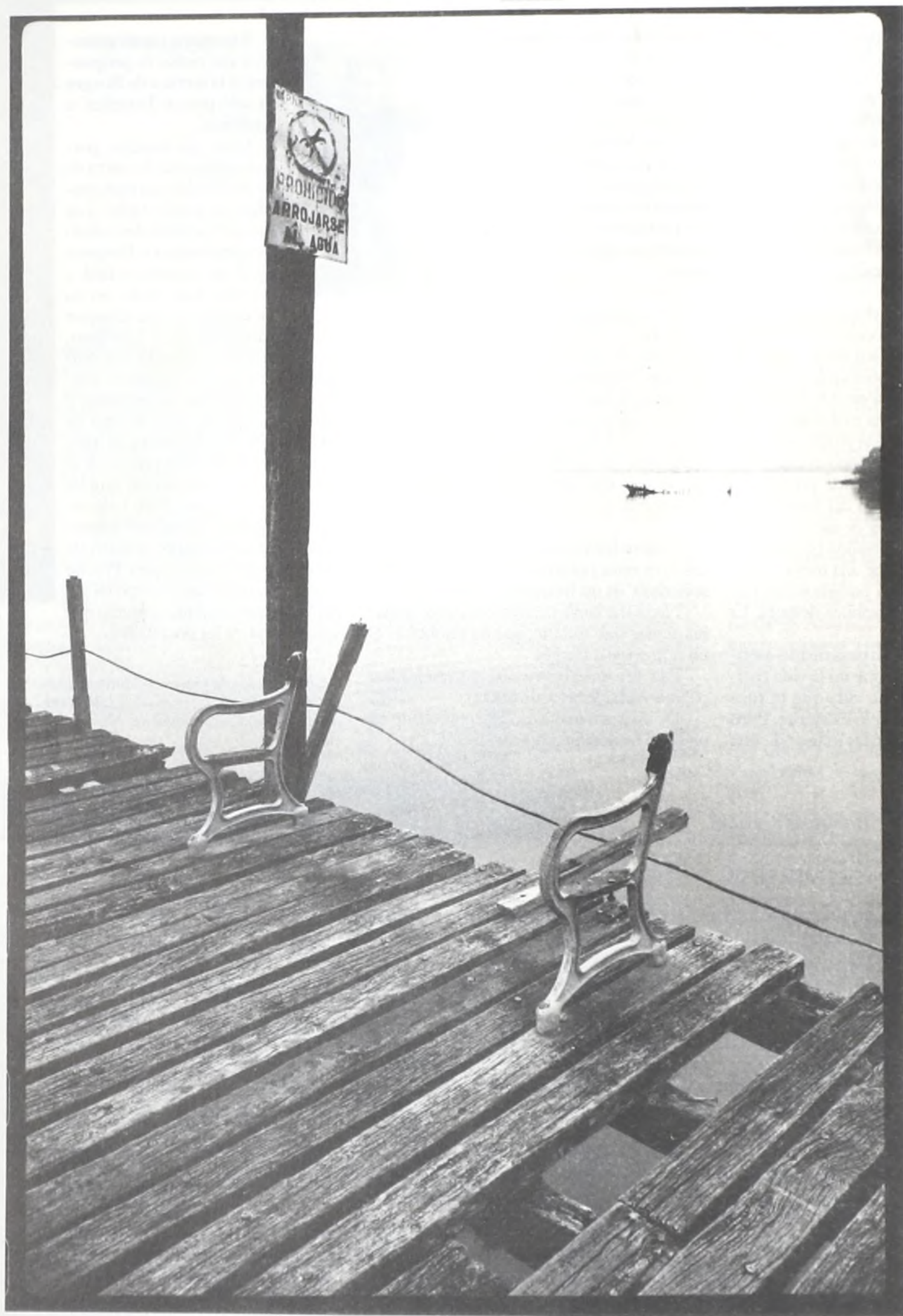
Los brazos cruzados bajo una toalla rosada que le rodea el cuello, avanzando lentamente cuerdas abajo por la avenida principal, Florián alguna se pregunta por qué vaga en su mente aquella extraña frase incomprensible para él, y las demás ideas que lo acosan como a un animal irritado.

Absalone, el médico de la Sociedad, el martes de la semana pasada, le había anunciado su pancreatitis aguda, su diagnóstico de un desgaste terminal antes de los cuarenta y cinco años. Si en este país (¿acaso los países saben diferenciarse por algo más que por la superstición del origen?, pensó que pensó entre medio) se muriera tan a menudo —se dijo, mientras continuaba respirando rítmicamente para derrotar el cansancio—. Sería hasta divertido hacer la plancha en esta vida opaca y sin riesgo. Tengo

cuarenta y cuatro, continuó barruntando. Se inclina hacia uno y otro lado como para saludar con el cuerpo a los transeúntes sin detenerse. Es necesario ahora —piensa— que lo que suceda con relación a mi próxima muerte tenga sentido. ¿Con relación a qué? —no pudo dejar de agregar, para sí mismo—.

¿Qué extraña analogía con el camino bordeado de plátanos! Cinta verde como un gusano asqueante y dulce. Los árboles coposos y entrelazando sus ramas vacilantes como cintas de cuero blando. Ese rumor de la espesura suave en su acorde, que indica que debo ir siempre más lejos para comprenderlo. No es un acorde. Los postigos que el viento destroza en otro clima y bajo otras nubes no se golpean. En un paisaje sin soplos ni gestos ruidosos. Siente su cuerpo remontando el mismo camino. Se pesa cada vez más liviano. Ni escucha sus pisadas en el suelo. ¿Estaría intentando la vuelta? Las humaredas de los montones de hojas quemándose lo devuelven a otra edad. Olor a tierra mojada. Relámpagos en pleno atardecer sin nubes.

¿Vuelve bañado y limpio? De la madre al eco de la madre en las paredes, el mensaje para sí mismo mientras se siente rodar es el de llegar empilchado, para una escena líquida, en el último recodo, trocando sin ruido en un mensaje inexplicable.



José Pampín